

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO



PUCP

Análisis de los procesos de subalternización en las novelas *Dos más por Charly* y *Carretera al purgatorio* del escritor huancavelicano Zein Zorrilla

TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAGÍSTER EN ESTUDIOS CULTURALES

AUTOR

Pablo Avila Oré

ASESOR:

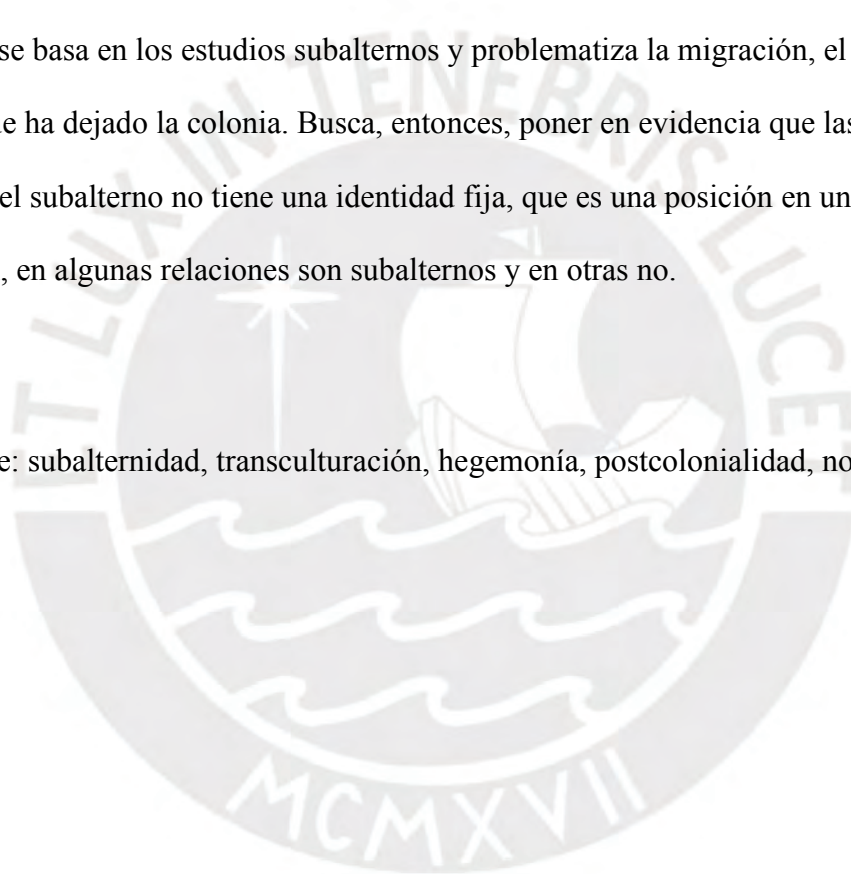
Dr. Víctor Miguel Vich Florez

Noviembre, 2020

Resumen

El presente trabajo analiza los procesos de subalternización en las novelas *Dos más por Charly* (1996) y *Carretera al purgatorio* (2003) del escritor huancavelicano Zein Zorrilla (Huancavelica, 1951). Muestra cómo estas nos permiten visibilizar que los sujetos subalternos representados en las novelas no pueden lograr el proceso de transculturación ni el ascenso social que desean porque se ha institucionalizado la superioridad occidental y letrada. Es decir, que no pueden escapar de las taxonomías dominantes. Para su desarrollo la investigación se basa en los estudios subalternos y problematiza la migración, el mestizaje y los rezagos que ha dejado la colonia. Busca, entonces, poner en evidencia que las novelas muestran que el subalterno no tiene una identidad fija, que es una posición en una relación. Por esta razón, en algunas relaciones son subalternos y en otras no.

Palabras clave: subalternidad, transculturación, hegemonía, postcolonialidad, novela andina



Agradecimientos:

Para Estela e Isaac, por tan amor regalado

Para Andrea Aramburú y Víctor Vich por acompañarme en este trabajo



Índice

Introducción	5
Capítulo 1: El sujeto subalterno subalternizado	12
Capítulo 2: El sujeto subalterno descentrado	26
Capítulo 3: La mujer sub-subalterna	46
Conclusiones	59
Referencias	62



Introducción

El presente trabajo muestra, sobre la base de los estudios subalternos, que las novelas *Dos más por Charly* y *Carretera al purgatorio* del escritor huancavelicano Zein Zorrilla nos permiten visibilizar que los sujetos subalternos representados en las novelas -campesinos y pequeños terratenientes empobrecidos- no pueden lograr el proceso de transculturación ni el ascenso social que desean porque se ha institucionalizado la superioridad de la tradición occidental y letrada (que ellos mismos internalizan). Es decir, que no pueden escapar de las taxonomías dominantes porque el poder se reproduce desde muchos lugares: incluso dentro de un grupo subalterno. Lo anterior también se puede notar porque las novelas problematizan la migración, el mestizaje y ponen de relieve los rezagos de la colonia, y con ello adquieren características postcoloniales. En consecuencia, este proceso reproduce la discriminación: su proyecto de movilidad social, entonces, está destinado al fracaso.

Las novelas están ambientadas entre pueblos de la sierra peruana y Lima. Las historias de los personajes dan cuenta de la dicotomía que les produce moverse entre el campo y la ciudad. *Dos más por Charly* (1996) se lleva a cabo entre el pueblo de Quillamba en el Cuzco y la ciudad de Lima en los años setenta. En ella se narra la historia de Charly, un joven pueblerino que es enviado a estudiar a la capital con el fin de progresar. Charly postula varias veces a la Escuela de Ingeniería, pero no logra ingresar. Entonces, trata de realizarse de diferentes maneras: comerciante, destilador de caña, camionero. Sin embargo, es obligado, reiteradas veces, a regresar a la universidad. Esto lo llevará a engañar (engañándose) a su familia y hacerles creer que ha cumplido el sueño que ellos le han impuesto. Charly, se puede deducir, quiere autorrealizarse viviendo en su pueblo como un campesino; no obstante, la familia se lo impide y muere atropellado frente a la universidad en la que nunca pudo estudiar. De otro lado, *Carretera al purgatorio* (2003) está ambientada entre Lima y el pueblo Los Ángeles (antes conocida como la hacienda Ingahuasi) en Ayacucho, después de la

Reforma Agraria. Ciro, el protagonista, vive en Lima alejado de su pueblo natal, pero un mensaje de su padre lo obliga a regresar. La trama relata las peripecias del retorno a sus orígenes. En el camino, se encuentra con ex trabajadores de la hacienda que el padre ha perdido por la Reforma Agraria, con una ex novia, con nuevos miembros de su antigua comunidad. Estos encuentros le van señalando que los lugares que él conocía ya no son los mismos y que los tiempos han cambiado. Todos los procesos de transformación que se describen nos muestran los cambios que se produjeron en esa época en los Andes y lo que ello implicó para el Perú.

Es oportuno señalar que el autor, Zein Zorrilla (Huancavelica, 1951), se reconoce como un representante de lo que él llama “novela andina”, en contraposición de las novelas de la corriente indigenista. Para el escritor, en este género,¹ “la devastación de la gran sociedad feudal es el gran tema, la migración y la búsqueda de un nuevo orden para los espíritus y para la sociedad son los otros temas (2005, p. 18). Estos son, precisamente, los puntos que desarrolla en las dos novelas que analizo. También, hace hincapié en la contradicción que presentan las personas que viven entre el campo y la ciudad. Desarrolla las diferencias entre la educación basada en las costumbres del campesinado en contraposición con las que les otorga la occidental. Él mismo se reconoce como alguien que convive con esta disyuntiva:

Madrugaba a instancias de mi abuela india para recorrer los alfalfares y mojarme en el rocío de la mañana. A la hora del desayuno me peinaba con raya al medio y acudía a la mesa con ademanes correctos bajo la fría mirada de mi abuela mestiza. Con la abuela mestiza leía a Dumas y a Verne, Las mil y una noches, y algunos libros de Vargas Vila que ella disfrutaba en secreto. Bajo su dirección aprendí a declamar los poemas de Amado Nervo y Juan de Dios Peza. Luego del mediodía y honradas las

¹ Estas ideas las desarrolla en su libro *La novela andina. Tres manifiestos* (2018).

llamadas ‘horas de tarea’ volaba al encuentro de la abuela india a disfrutar de las llamadas ‘horas de recreo’. Alentado por la abuela india, y de la tosca boca de los peones de hacienda, y de las finas bocas de las bellas Tomasa y Justina, niñeras de mis hermanas, me instruí en el arte de los ‘Watuchis’ -adivinanzas quechuas cargadas de fina poesía-, aprendí los trucos del ‘Kamichuy’, desafíos destinados a ejercitar la destreza de la memoria... (2005, p.8)

Las novelas que analizo describen la experiencia de tener que vivir entre “dos mundos” como negativa, porque se impone la idea de que uno es mejor que el otro. Por esta razón, es pertinente analizarlas enfocándose en las diferencias que existen entre las costumbres de los pueblos y las ciudades, y cómo estas producen segregación. Entonces, me propongo llevar la mirada a los procesos que reproducen la discriminación.

Aún son pocos los estudios críticos que se han realizado sobre la obra del autor. Sin embargo, son muchas las reseñas elogiosas que se han escrito sobre sus libros². Un ejemplo de ello, son las opiniones que se registran en las contratapas de las ediciones de las novelas que revisamos para este trabajo del escritor Enrique Verástegui. Por un lado, de *Dos más por Charly* dice que “describe un personaje pícaro precisamente porque denuncia las apariencias y la hipocresía en que se mueven los peruanos, pero, sobre todo, esta novela resulta fascinante por la perfecta utilización del montaje y las técnicas cinematográficas que la hacen una novela modélica en nuestra literatura” (2002). Por otro lado, se refiere a *Carretera al purgatorio* como “una novela que podríamos llamar de iniciación, si, como parece, Ciro Sotomayor... hace un recuento de su historia, que es, también, la historia del Ande, donde, luego de la Reforma Agraria, se desata un torbellino de energía constructora que permite que la vieja hacienda La Ponderosa de Ingahuasi se transforme en el pueblo Los Ángeles...”

² En el año 2003 ganó el premio internacional de novela “La ciudad y los perros” del Instituto Iberoamericano Mario Vargas Llosa por su novela *Carretera al purgatorio*.

(2003). Estoy de acuerdo con estas afirmaciones, pero mi estudio llevará el análisis al aspecto social que llevan consigo los trasfondos de las novelas. Es decir, desentrañar qué impide a los protagonistas transculturizarse. También, analizar qué evita que dejen de ser campesinos y se conviertan en ciudadanos y, con ello, logren ascender socialmente sin ser rechazados.

Ahora bien, es pertinente aclarar algunos conceptos para entender mejor el análisis. En primer lugar, este trabajo se basa en los estudios subalternos que, como indica John Beverley,

tratan sobre el poder, quién lo tiene y quién no, quién lo está ganando y quién lo está perdiendo. El poder está relacionado con la representación: ¿cuáles representaciones tienen autoridad cognitiva o pueden asegurar la hegemonía, cuáles no tienen autoridad o no son hegemónicas? Gayatri Spivak formuló el problema concisamente: si el subalterno pudiera hablar -esto es, hablar de una forma que realmente nos interpele- entonces no sería subalterno. (2004, p. 24)

Esta es la representación que se desarrolla a lo largo de las novelas y permite explicar cómo la subalternidad existe por los procesos de subalternización que se producen. Es decir, que lo subalterno y las élites no están separados, sino que se encuentran constantemente relacionados por medio de la subordinación. Por esta razón, en las novelas, el subalterno, desde cualquier posición relacional en que se encuentre, tiene una agencia mínima o, en la mayoría de los casos, no tiene ninguna.

En segundo lugar, es importante aclarar qué se entiende por “postcolonial”, ya que afirmo que las novelas que analizo pertenecen a esta categoría. Entiendo la postcolonialidad, siguiendo a Alfonso de Toro, como caracterizada

por una actitud y por un pensamiento deconstruccionista (en el sentido de una reflexión crítico creativa), intertextual e intercultural, por un pensamiento re-codificador de la historia (que descentra la historia), por un pensamiento heterogéneo

o híbrido, subjetivo y de radical particularidad, de radical diversidad y por consecuencia universal. La postcolonialidad no es excluyente, sino que incluye la diversidad y la diferencia, es decir, la interacción de diversas series codificadas del conocimiento con la finalidad de desenmascarar aquello que en el colonialismo y neocolonialismo había sido instaurado como la historia, como la verdad irrefutable, como contradictorio e irregular. A través de este procedimiento se interpretaría las contradicciones, la pluralidad, las rupturas y la discontinuidad de la historia y de la cultura concretizados en los diversos discursos, como lo son los discursos ficcionales. (1997, p. 30)

Es decir, lo postcolonial incluye lo subalterno. Por esta razón, pienso que el autor de las novelas analizadas denuncia la supremacía de un sistema occidental hegemónico frente al de los campesinos y mestizos representados. De esta manera, “desenmascara” lo que queda de colonialismo y neocolonialismo en las historias que narra. Las novelas representan y critican las herencias postcoloniales que aún subsisten, por ejemplo la sobrevivencia del latifundismo. También, denuncian la reproducción de la idea de la existencia de un “nosotros” y un “ellos”, donde el “nosotros” representa la civilización (que se reconoce, entre otros lugares, en la voz omnisciente del narrador en ambas novelas) y el “ellos” la barbarie. Es decir, buscan romper con “el mito occidentalista” que legitima y naturaliza la superioridad de la tradición occidental.

Por último, aclararé qué se entiende por transculturación, porque afirmo que los personajes analizados se ven impedidos de lograr este proceso. Sabemos por definición de la RAE que es “la recepción por un pueblo o grupo social de formas de cultura procedentes de otro, que sustituyen de un modo más o menos completo a las propias”. Sin embargo, creo que es necesario que acotemos mejor el término y lo entendamos a partir de la definición del

creador de esta noción, Fernando Ortiz, en su libro *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco*:

El vocablo transculturación expresa las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana ‘acculturation’ sino que el proceso implica necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial ‘deculturación’, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de ‘neoculturación’. Al fin, como bien sostiene la escuela de Malinowski, en todo abrazo de cultura sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero siempre es distinta de cada uno de los dos. (1940, p. 142)

Es decir, con este proceso hay “algo” que se pierde, pero también hay “algo” que se reescribe y que se coloca en el “corazón” del discurso dominante. El análisis de las novelas permite ver que esta hibridación no es armónica, más bien deja ver el conflicto. Estas dan cuenta de la modificación de las partes involucradas: la cultura occidental y la indígena. Entonces, representan la transculturación entre dos culturas, donde una es superior a la otra. Lo anterior nos permite notar que el campesino tiene como única vía de progreso “blanquearse”. Es decir, mientras menos indígena, menos campesino sea logrará su “desarrollo”. En las novelas se reflejan las jerarquías culturales y la impronta de la cultura occidental. Los personajes piensan que pertenecer a esta cultura, con toda la problemática que contiene este proceso, les garantizará su “evolución”. De esta manera, buscan, también, el ascenso social que solo se llevará a cabo si aceptan la idea de “progreso occidental”, cuyos ejes, en este caso, son la educación y la industrialización como motores de desarrollo.

En el primer capítulo, explico, con base en el análisis de los personajes Charly y Delmiro de la novela *Dos más por Charly*, que los protagonistas, como sujetos subalternos, no pueden escapar del proceso de subalternidad en el que están inmersos. Lo anterior se produce porque es su propio entorno el que los subalterniza; entonces, no pueden salir del sistema en el que están inmersos.

En el segundo capítulo, al analizar a los personajes Ciro y Gamaniel Sotomayor de la novela *Carretera al purgatorio*, explico cómo la trama permite ver a los protagonistas como sujetos subalternos siempre descentrados. Dicho de otra manera, no pueden tener un lugar fijo dentro de las clasificaciones hegemónicas que se describen en la novela. Lo anterior no les permite lograr el proceso de transculturación que llevan a cabo y, por esta razón, no pueden intervenir la cultura dominante.

Por último, sobre la base de los personajes de Jessica y Lili de la novela *Carretera al purgatorio*, explico cómo en la novela las protagonistas, al estar dentro de un entorno subalterno, son ubicadas en un lugar de sub-subalternidad. Esto se produce porque, además de moverse en un sistema subalternizado, se encuentran en un ambiente patriarcal que hace más difícil su desindianización. Por esta razón, tampoco pueden lograr su proceso de transculturación ni escalar socialmente.

El análisis de las novelas busca, también, visibilizar cómo se está representando en la literatura contemporánea peruana, especialmente la que se encarga de dar cuenta de los cambios sociales, la figura del mestizo y su papel en nuestra sociedad. Trata de ver si nuestro sistema permite, o quizá limita, el desarrollo de la figura del mestizo como una pieza fundamental dentro de nuestra nación.

Capítulo 1: El sujeto subalterno subalternizado

En el primer capítulo, sostengo, con base en el análisis de los personajes Charly y Delmiro de la novela *Dos más por Charly*, que los protagonistas, como sujetos subalternos, no pueden escapar del proceso de subalternidad en el que están inmersos. Al analizar la trama se puede deducir que están atrapados en el interior de una red sin salida. Como indica John Beverley:

En la sucinta definición de Ranajit Guha, lo subalterno es ‘un nombre para el atributo general de la subordinación... ya sea que esté expresada en términos de clase, casta, edad, género y oficio o de cualquier otra forma’. Seguramente, se puede entender que ‘de cualquier otra forma’ incluye la distinción entre educado y no (o parcialmente) educado que el aprendizaje en la academia o el saber profesional confiere. (2004, p. 54)

La búsqueda y pérdida de hegemonía mediante la educación van a acompañar la historia de los personajes analizados. Estos pertenecen a la comunidad de Quillabamba ubicada en el Cuzco. Los dos son miembros de familias de pequeños terratenientes empobrecidos de la sierra que aspiran a que sus hijos sean profesionales como una tabla de salvación. El título y la profesión se han convertido en el deslumbrante mito que los puede rescatar de la marginalidad en la que viven. A partir de estas ideas, quiero llevar la mirada a los personajes Charly y Delmiro para sostener que, representados como sujetos subalternos, no puede escapar de la subalternidad porque es su propio entorno el que la reproduce.

Charly es obligado a estudiar en Lima. Postula tres veces a la Escuela de Ingeniería, pero no logra ingresar. A la tercera vez, por algunos malos entendidos, sus compañeros creen que ha ingresado y le cortan el cabello (a manera de celebración). Charly no niega el ingreso o, mejor dicho, no puede negarlo. La imposición de acceder a una educación superior es mucho más fuerte que la realidad que le ha tocado vivir como se verá en el análisis de los

fragmentos. Entonces, vive engañando y engañándose. Al final, luego de intentar hacer una vida “propia”, muere atropellado frente a la universidad a la que nunca pudo ingresar. Por otro lado, Delmiro es administrador de una destilería de caña. Años antes, fue a estudiar Medicina a Lima, pero renunció y regresó a su pueblo. Se dedica a dirigir el negocio familiar. No es visto como un miembro de la comunidad. Algunos lo ven como un mestizo que conoce la ciudad; otros como símbolo del fracaso del intento de progreso por elegir quedarse en su pueblo.

Los personajes representan al sujeto subalterno desconectado: estos están subordinados porque pertenecen a la clase baja, son campesinos y pertenecen a familias que no han tenido acceso a la educación “formal”. Ellos, entonces, no aceptan el mandato o la imposición de la educación como proceso de transculturación, de superación. Esto los va a mantener apartados de su entorno. Están siempre en los márgenes. Como señala De la Cadena en su estudio sobre los campesinos en el Cuzco,

Los grupos subordinados aceptaron las diferencias de educación como legitimadoras de las jerarquías sociales, al igual que habían hecho las élites, permitiendo, así, que el racismo dominante se infiltrara en sus prácticas alternativas... Las élites y el pueblo llegaron finalmente, a compartir una misma creencia en el poder de la educación, y la ‘cultura’, para legitimar la discriminación y poder silenciar a la vez las acusaciones de racismo, convirtiéndolo de este modo en hegemónico e ilustrando de manera elocuente la idea de que la ‘hegemonía más elocuente es muda’. (De la Cadena, 2004, p. 86)

El poder de la educación es hegemónico para el entorno de los personajes; estos lo aceptan con naturalidad como si fueran verdades indiscutibles. Por esta razón, Charly y Delmiro están en los márgenes, son desiguales, no pueden ser localizables. Es decir, que su familia y los

miembros de su comunidad no pueden entender por qué rechazan la oportunidad de educarse y ascender socialmente. Tienen la oportunidad de “superarse”, pero rechazan este privilegio. Su subalternización no viene solo del discurso del poder. Su entorno (subalterno), totalmente colonizado, también apoya este discurso y reproduce su subalternización. En la novela, Charly es obligado a estudiar, no le preguntan si eso es lo que desea. Delmiro renuncia a los estudios y es rechazado por su comunidad. Entonces, no van a poder realizarse como sujetos con un destino propio, van a quedar escindidos. Dicho de otro modo, van a ser sujetos que solo pueden tener una agencia externa, que solo se les va a permitir hablar o ser hablados desde una estructura de la que no pueden salir, a la que no quieren pertenecer; entonces, van a sentirse silenciados como se evidenciará más adelante. Según la definición que traza De la Cadena la hegemonía se interpreta como

... un campo dialogístico ambiguamente definido que es compartido por las élites y los subordinados, en el que una dinámica de lucha por el poder caracterizada por constantes acuerdos y disputas y por procesos de dominación e insubordinación produce un consenso que, por más que precario y sujeto a contestación, es crucial en términos políticos. En el caso de racismo peruano, el concepto que hace posible su hegemonía es la idea de que la ‘educación’ -significando instrucción en sus distintos niveles- crea jerarquías legítimas. (2004, p. 26)

La creencia de que la educación es la ‘salida’ válida e indiscutible para las élites y subordinados es el proceso que analizaremos en la trama de los personajes y cómo esta produce más subordinación en Charly y Delmiro. Las historias de los protagonistas tienen una relación directa. Las podemos ver como reflejadas en un espejo. La novela narra cómo Charly es enviado a Lima para educarse. Tiene como objetivo dejar de ser un “campesino pobre” y “progresar” mediante la educación y no puede. Delmiro, en cambio, logra el objetivo de llegar a Lima y estudiar Medicina, pero renuncia a su proyecto y regresa a su

pueblo. Es decir, decide vivir como un campesino más, pero su pueblo ya no lo ve como un miembro de su comunidad.

El entorno de Charly es quien lo subalterniza. La relación que tiene con sus padres, hermanos, parejas no le permite realizarse personalmente y lo convierte en un sujeto marginado. El sueño de su familia, en Quillabamba, es tener un ingeniero. Se prepara tres años para ingresar, pero no lo logra. Después del tercer intento, antes de fijarse en la lista de ingresantes, a manera de premonición, su amigo Fabián le recalca: “Son las cinco y quince en mi reloj. A las seis y quince nuestros destinos habrán cambiado tanto... las nóminas estarán publicadas y nosotros ya no seremos los mismos Charly” (p.11). Su destino está supeditado al ingreso a la Escuela de Ingeniería, no hay otra posibilidad. El narrador hace hincapié en esto: “Si su nombre no aparece en las nóminas, la estrecha senda de su vida se hundirá bajo sus plantas y lo dejará en las ciénagas del fracaso, de la humillación, de la más lóbrega y eterna noche” (p. 12). Queda claro, entonces, que la educación es considerada el camino para el progreso y que es la manera de dejar de pertenecer a la categoría de subalterno. Es interesante notar que el narrador (omnisciente) valida el discurso hegemónico a lo largo de la novela. Esta voz refuerza la supremacía de la cultura occidental frente a las otras. Esto produce que la atmósfera en la trama, en este sentido, sea unilateral. Sin embargo, se puede ver que ciertos guiños, como el uso constante de la hipérbole del narrador, hacen que el lector tome distancia de este. De esta manera, se quiebra su “autoridad” y se refuerza la crítica que se presenta a su forma de pensar.

Charly va a hacer todo lo que esté a su alcance para evitar esta responsabilidad; busca resistirse al mandato impuesto. No obstante, termina asumiéndolo. No logra ingresar a la universidad y se crea un mundo ficticio: asiste a clases, se reúne con compañeros universitarios. También, trata de huir del discurso que le impone su entorno y vivir de otra manera, pero no puede. El final de la novela en retrospectiva, nos revela: “Y de sopetón,

Gitano le narró la historia [de Charly] que durante años le había roído las fibras de su corazón: desde aquel falso ingreso a la universidad y los equívocos del cortapelo, hasta el triste fin de la gran avenida...” (p.145). Charly, trata, entonces, de evadir el imperativo familiar de distintas formas: se escapa a su pueblo, se vuelve destilador de caña, camionero, hasta que es obligado a regresar a “estudiar” a Lima.

Por un lado, sus padres son los responsables de que ingrese a una estructura en la que no tiene un lugar. El padre es el primero que le impone el camino trazado:

Te hemos alimentado, vestido y educado para hoy, con un dinero disputado al hambre, para poder enviarte a esa universidad y confiarte -no la oportunidad, no el derecho, ni siquiera el honor: la obligación- de competir con la brava camada de tu tiempo y convertirte tú, al menos tú, en otra clase de hombre. Sí Carlos. Para eso estamos enviándote a la universidad. (p. 13)

Aquí está ilustrado el proceso de emergencia social del que habla De la Cadena. El padre obliga a Charly a ser “alguien” y ese “ser” está cifrado en su educación. En ese sentido, el padre legitima la discriminación que encierra ese discurso. Es decir, avala que se trate de forma diferente a las personas, en este caso, por no realizar estudios superiores. Por ello, cuando, por equivocación, le cortan el cabello creyendo que ha ingresado a la universidad, Charly no es capaz de negarlo. Se deja llevar y es condenado a vivir en el engaño: tener que vivir autoengañándose es lo que lo va ir destruyendo. El padre le impone una ilusión que no pudo realizar; él es quien quiere ser un hombre “educado”:

[Relata el día que festejaban el “ingreso de Charly”] Una vez amigos míos..., nos visitaron dos ingenieros. Dos hombres del Ministerio, dos buenos jinetes. Calzaban botas extranjeras y miraban directamente a los ojos. Son ingenieros me dije, gentes de

un tiempo que aún no llega. Me haré ingeniero, dije entonces. Sí amigos míos. Eso fue lo que dije entonces y ese sueño se comienza a hacer realidad hoy. (p. 34)

El padre traslada al hijo sus aspiraciones. Legitima la creencia de que la educación es la única salida, rechazando otras maneras, de la pobreza en que viven. Charly no tiene alternativa, está condenado a seguir el pensamiento hegemónico que su entorno valida. La madre performará el soporte emocional del hijo, pero apoyando el discurso del padre. Cuando Charly trata de refugiarse en ella, esta lo rechaza: no como hijo, sino por el hecho de querer dejar de estudiar y no regresar a Lima:

La madre creía haberse preparado para las iras, pero cuando el padre profirió sus palabras y esas palabras se pasearon como burbujas sueltas por los aires, fue ella quien sucumbió a las penas, y no por ella misma, ni siquiera por el hijo; por ese hombre al que sospechaba había engañado, entregándole un producto contrahecho, imperfecto, un fruto perdido. (p. 74)

La madre rechaza al hijo por no querer obedecer el mandato familiar. Charly se convierte en un “producto contrahecho”. Es la figura materna la que representa, por antonomasia, la protección a los hijos. Sin embargo, esto no se llega a realizar porque la madre legitima el discurso hegemónico. Si el hijo no cumple con el mandato social que impera; entonces, tiene que ser repudiado.

Por otro lado, la relación que tiene con las mujeres con las que se relaciona produce, también, subalternización. Charly regresa al Cuzco producto de una crisis. En el camino, se encuentra con la Negra Echegaray de quien está enamorado. Ella también quiere estudiar, viajar al extranjero, progresar. Aunque fracasa, ella sigue su camino y deja a Charly. Este piensa en el cuarto de ella: “Todo fue un sueño, yo nunca he estado en Lima. Nunca he salido de estas sábanas. Jamás de esta habitación. Padre, ¿a hacer qué tú me has enviado? Oh no sé

si comprenderás, pero mama llorará. Y tú negra... ¿Dejarás que apague las luces y diga mi palabra?” (p.31). Charly quiere “decir su palabra”, pero no puede. Está impedido de hacerlo porque todo lo que realiza es producto de una obligación. No puede ser “él mismo” porque es el sistema el que va trazando su destino. El mundo de Charly es construido por los otros: el poder legitimado por su entorno. Charly no puede hablar por sí mismo, no tiene palabra, está producido por “el otro”. Es decir, está “dentro” del sistema en la medida que es construido por el poder y está fuera porque no puede hablar: “Por definición el subalterno no ‘habla’. No hay voz a la que escuchar” (Spivak, 1998, p. 209). Entonces, Charly queda subalternizado porque no es autónomo. Es la “voluntad” del sistema lo que le permite actuar, pero no se llega a realizar porque no tiene agencia.

Después, conoce a Celia Illanes quien busca vivir en pareja con él y lo convierte en camionero:

—Un hombre puede hacer plata — empezó — si lo quiere hacer. Para una mujer es más difícil. Trabajando sin descanso, cargando el camión de día y aprovechando las noches para los viajes, algunos se han hecho de un camión el primer año. La plata ganada por los hombres tiene peso; la de las mujeres se va como el humo, como el agua de las manos... (p. 98)

Charly en esta relación también se siente fuera de lugar. Celia lo inserta en el capitalismo. Ella también está controlada por el discurso del poder que ve al mercantilismo como un modo de integrarse al sistema. En este caso, es el dinero la “tabla de salvación” para desarrollarse. Sin embargo, la situación en la que se encuentran es precaria. La novela presenta a Celia y Charly como simples camioneros que tienen que trabajar sin descanso para crecer económicamente. Además, se hace hincapié en el hecho de que Celia como mujer tiene más problemas para lograr su objetivo. Esta posibilidad de desarrollo se va a presentar, también,

imposible por el lugar que ocupan los personajes en el estrato social. Entonces, el deseo de Celia se trunca. Además, Charly no quiere este modo de vida: “Yo no nací, para estar atado, yo también quiero hacer mi vida, pero la que me pertenece a mí solo a mí” (p. 134). Pero, Charly, nuevamente, es incapaz de escoger su destino. Entonces, la relación con Celia parte de una obligación y reafirma su subalternización.

Observemos la relación de Charly con sus hermanos. Estos también comparten el discurso que ve a la educación como la única vía para la movilidad social. En Lima, su hermano lo ayuda en su manutención y trabaja en una fábrica de obreros:

[Habla su hermano] Había varios universitarios en esta fiesta y tú ni siquiera te acercaste a ellos. Era una bonita oportunidad de hacer relaciones. Para enfrentar la vida se requiere de preparación, de buenas relaciones y de oportunidades. No tienes idea todavía, hoy, del valor de estas palabras, porque no tienes idea de lo que es la diaria lucha, para un hombre sin relaciones, sin preparación y sin oportunidades. (p. 95)

Otra vez, su entorno es el encargado de asumir el discurso hegemónico. La “preparación”, “las buenas relaciones” son para el hermano la única vía para lograr el ansiado progreso social. Por esta razón, le increpa su falta de interés por la búsqueda de estas oportunidades. Entonces, para el hermano, Charly es un tipo sin aspiraciones, apocado, venido a menos.

Las hermanas de Charly también reafirman el discurso hegemónico. Al enterarse de que ha “abandonado” la universidad van en su busca:

—No estás solo, Carlos. Eres el único de esta generación que pisa la universidad. Y nadie más. Yo abandoné la Escuela Normal, para emplearme de maestra rural y ayudarte. Esa renuncia a mis sueños y el sacrificio de mi vida han tenido, y tienen, ese fin. Enviarte a la universidad y hacer de ti otro hombre. Saberlo posible era consuelo a

los sacrificios y mil humillaciones. Que todo haya sido en vano, es imposible pensarlo siquiera. Si vives para convertirte en otra clase de hombre, no sé para qué vivo yo, para qué hemos vivido papá y mamá y todos los que hemos vivido hasta acá. (p. 124)

Aparece, nuevamente, el mandato familiar y en grado extremo. Se le señala que toda la familia, incluyendo las generaciones anteriores, han existido, hasta ahora, para cumplir el sueño que imponen a Charly (que es compartido por todos). Su entorno asume como único medio de superación a la educación; entonces, no se le permite el rechazo al mandato, “es imposible pensarlo siquiera”. Rechazar la oportunidad de educarse que la familia le brinda produce que esta lo vea como “otra clase de hombre”, que se puede entender como uno condenado al fracaso.

Finalmente, notemos cómo termina la trama para Charly para, de este modo, seguir desentrañando su proceso de subalternización. Charly es obligado a regresar a Lima para “retomar” sus estudios. Por esta razón, tiene que seguir viviendo su engaño: “Charly descendía veloz, desaparecía en la arboleda, asistía a un mismo curso dictado por dos profesores diferentes para entender mejor las materias, se prestaba monografías de años anteriores, exámenes pasados...” (p. 41). Está completamente desconectado de la realidad, entonces solo puede crearse fantasías. Es un sujeto heterogéneo en sí mismo, porque se desarrolla en vidas paralelas. Se inserta o, más bien, finge insertarse en el sistema universitario.

El narrador parece describir el proceso de la culturización de la raza y racialización de la cultura del que habla De la Cadena de esta manera: “Esos blancos determinaron que urgía preparar a los hijos para un futuro que sospechaban terriblemente diferente, para una realidad desconocida en la que no valdrían los apellidos, sino solo la eficiencia y la preparación” (p. 40). Así, en la novela, el problema ya no es, necesariamente, un tema de raza: el mestizaje ya

no es un visto como una categoría biológica, sino cultural. Lo que busca el personaje es blanquearse mediante la educación y el acceso a la industrialización y la tecnología.

Charly, entonces, queda totalmente subalternizado. No solo es rechazado por su clase social o su raza. Su propia familia lo ve como inferior por rechazar la educación. Entonces, solo se puede mover en los márgenes. Se emborracha, descuida su apariencia. Al final ya ni siquiera habla, tan solo murmura o monologa de vez en cuando: “Ustedes no me conocen, habría repetido su frase favorita, una vez y otra, por encima de la pesada respiración de los borrachos, por el zumbido del tocacintas que aún zumbaba en el fondo de las declaraciones de los testigos. Ustedes no saben quién soy” (p. 135). No puede hablar y solo le queda monologar o murmurar. Es consciente de que no va a ser escuchado y queda totalmente marginalizado. Charly, muere atropellado en una avenida frente a la Escuela de Ingeniería. Su familia nunca se entera de su falso ingreso.

Entonces, como se ha visto, se puede decir que el propio entorno de Charly, entorno subalterno (miembros de una comunidad campesina empobrecida de la sierra que no ha tenido la oportunidad de educarse) es quien lo ha subalternizado: padres, hermanos, parejas. Ellos son los que legitiman el discurso construido por el poder. Uno puede ser, a la vez, un sujeto subalterno y un sujeto subalternizador. Es decir, que lo subalterno es una entidad relacional que asume una posición: se puede ser subalterno en algunas relaciones y en otras no. Al asumir el discurso hegemónico de la cultura como opción de superación y emergencia dentro de la sociedad, el entorno de Charly lo subalterniza. Su historia parece replicar que la modernidad es solo una. Sin embargo, su “resistencia” desvela que no es así, que uno se puede realizar de diferentes formas. Charly hubiera querido quedarse en su pueblo, en el campo, ese era su deseo, pero el sistema (validado por su entorno) no se lo permitió. La novela denuncia que existe la construcción absurda de ver la modernidad del ser humano como una cosa uniforme. Todo aquello que no calce (Charly) es inferior, irracional, queda

totalmente al margen. El poder se ejerce desde todos lados, incluso dentro de un grupo subalterno. Charly es condenado al silencio. Apenas, al final, puede balbucear: “ustedes no saben quién soy”. Entonces, los miembros de un grupo subalterno pueden tomar el discurso del poder como suyo, pueden hacer mimesis con él y esto produce más subalternización.

Fijémonos ahora en el personaje de Delmiro. Este realiza un camino opuesto al de Charly. Acepta ir a estudiar Medicina a Lima, pero abandona sus estudios y decide regresar a su comunidad. Esta es una especie de rebelión contra el mandato familiar de progresar mediante la educación. Sin embargo, falla en su intento: su vuelta a la comunidad no resulta como él lo espera, su deseo no se cumple. El hecho de desobedecer el mandato de la búsqueda de progreso hace que sea rechazado por su familia y su comunidad. Es decir, queda escindido: no es visto como un miembro “puro” de la comunidad, ni como alguien que se ha “desarrollado”.

Delmiro regresa a su comunidad para encargarse de la destilería de caña familiar. El camino hacia la tierra del destilador se describe de esta manera:

El sendero de arcilla desapareció frente a un puente caído. El caballo se estremeció al filo de un barranco, olfateó los olores que arrastraba el viento, se desvió por un sendero oculto entre muertos matorrales, espinos, finalmente encontró las playas del gran río. Desde el vado se veía los soportes del puente, los gruesos troncos trasladados allí hacía veinte años. Eran los maderos requeridos, ahora se pudrían; los brazos que los hubieran trabajado yacían bajo tierra, y los pies que los hubieran recorrido trajinaban el asfalto de las ciudades. (p. 66)

El camino hacia la comunidad se muestra yerta, abandonada. Está desolada, precisamente, porque ya no la trabajan y no la producen, ya que los encargados de hacerlo están en las ciudades. La sierra, entonces, más precisamente Quillabamba, es vista por los personajes

como atrasada, detenida en el tiempo. Como señala Víctor Vich, existen varios imaginarios que circulan sobre la sierra del Perú y uno de ellos figura a los Andes “...como un lugar ‘estático’, resistente a la noción de cambio o modernidad. La sierra, en efecto, siempre ha sido fantaseada como opuesta al mundo moderno, situada en orden temporal diferente... se ha tratado siempre de una realidad ‘estancada’ y precaria” (2010, p. 158). Es decir, que es un territorio que tiene que ser intervenido o del que hay que salir para desarrollarse. La novela trae consigo también una crítica a las consecuencias de la migración y el centralismo.

Notemos la relación que tiene Delmiro con su comunidad:

Los mestizos de la comarca habían compartido las amarguras de los Azorín en los tiempos que Delmiro abandonara sus estudios de Medicina y optara por entroncarse en una comunidad indígena de las alturas. Como si únicamente sus cabellos fueran de mestizo — habían comentado viéndolo espolear caballitos de puna en los pajonales, trasnochar en las destilerías, tocar la bandurria en los desafíos de soltero —, pero como su sangre fuera más bien la de un indio. (p. 68)

Delmiro es hijo de pequeños terratenientes empobrecidos, los Azorín, que se han esforzado para mandarlo a estudiar a la capital para que progrese. Delmiro, rechaza, este ofrecimiento y con este acto reta a su familia y comunidad. A estos últimos, no les queda más que compartir las “amarguras” de los padres. Se nota claramente que el comportamiento de Delmiro es negativo porque actúa como un indio. Su objetivo era dejar de serlo, como no lo cumple solo le queda el repudio de su comunidad. Dicho de otro modo, rompe con el “mito del progreso” que describe Degregori:

Lo cierto es que el tránsito del mito del Inkarrí al mito del progreso reorienta en 180 grados a las poblaciones andinas, que dejan de mirar hacia el pasado. Ya no esperan más al Inka, son el nuevo Inka en movimiento. El campesinado indígena se lanza,

entonces, con una vitalidad insospechada a la conquista del futuro y del ‘progreso’. La escuela, el comercio y en algunos bolsones el trabajo asalariado, son los principales instrumentos para esa conquista a la cual la migración a las ciudades -crecientemente planificada- le abre nuevos horizontes. (2014, p. 64)

La comunidad ve en Delmiro el rechazo o, en todo caso, la resistencia al desarrollo. El pueblo al que pertenece el personaje forma parte del pensamiento hegemónico y ve en él a una especie de grieta que señala una falta: el incumplimiento del mandato del progreso. Regresa a su pueblo, después de haber estado en la Capital e instruirse, no como un maestro bueno, sino, todo lo contrario, como el maestro “malo” a quien no hay que imitar.

Delmiro decide vivir como un campesino, pero la comunidad no lo acepta como un miembro más. Se casa con una india y tiene hijos. Sin embargo, no puede llevar una vida indígena y tiene que hallar una forma de continuar en la comunidad. Entonces, como estrategia, se hace cargo del negocio familiar: “Delmiro es ahora un mestizo cabal, había reabierto la destilería de sus abuelos para no volver a la ciudad, pero los habitantes de aquel llameante pedrerío seguían relacionándolo con los misterios de la remota capital y su universidad” (p. 68). La comunidad lo ve como un sujeto que, aunque esté dentro, es extraño a ella. Está condenado al rechazo por haber dado el paso hacia su transculturación, dejar de ser indio, “blanquearse” por medio de su educación y, sin embargo, retroceder y rechazar este proceso.

Como señala Víctor Vich, siguiendo las ideas de Chatterjee, en su introducción al libro *La nación en tiempo heterogéneo*,

la ‘comunidad’ se entiende como un residuo o el remanente del Estado-nación capitalista. Es decir, la ‘comunidad’ surge a razón de todo aquello que fue excluido de los paradigmas de los Estados nacionales contemporáneos. Los excluidos forman

comunidades, o se involucran con ellas, a constatación de un poder que los margina. Solo hay comunidad en la medida que hay otro que posee un poder que le excluye. (2007, p.15).

En la novela, la comunidad de Delmiro asimila la hegemonía y, por esta razón, rechazan la rebelión, el ‘acto’ del personaje: ir contra el mandato imperante. Entonces, no es recibido como “el hijo que vuelve al seno del hogar”, sino como un proscrito que no tiene un lugar definido: “[Narrador]... desde que Delmiro abandonara sus estudios de Medicina en Lima y abriera aquella destilería, vergüenza de la anterior generación” (p. 72). Es visto como alguien que avergüenza a su comunidad, cuando hubiera podido ser un líder por la experiencia que obtuvo. Sin embargo, sus pares solo le permiten trabajar en su destilería. Se le quita el derecho a participar, a tener un lugar dentro del sistema en el que vive; en consecuencia, tiene una agencia mínima. Se puede decir, entonces, que Delmiro también es subalternizado por su propio entorno. Al no cumplir con el mandato hegemónico, no puede escapar de las clasificaciones dominantes.

Se puede concluir que la novela permite visibilizar que los personajes de Charly y Delmiro son sujetos subalternos que atraviesan la experiencia de ser subalternizados por su entorno. Este proceso se produce porque el discurso hegemónico que institucionaliza la educación como vía de progreso, la superioridad de la tradición occidental racional y letrada, se ha internalizado en los discursos de los protagonistas. Se ha podido comprobar, entonces, por un lado, que Charly es impedido de realizar un proyecto personal fuera del mandato familiar: no quiere y no puede transculturarse y esto provoca su destino fatal. Por otro lado, Delmiro se resiste a este mandato; lo rechaza y, por esta razón, queda escindido, desubicado en su comunidad. El proceso que están obligados a seguir, produce más discriminación. Entonces, sus proyectos personales están destinados al fracaso.

Capítulo 2: El sujeto subalterno descentrado

En el segundo capítulo, sobre la base del análisis de los personajes Ciro y Gamaniel Sotomayor de la novela *Carretera al purgatorio*, explico cómo la trama permite ver a los protagonistas como sujetos subalternos descentrados. En otras palabras, no pueden tener un lugar fijo dentro de las clasificaciones dominantes que se describen en la novela. Lo anterior no les permite lograr el proceso de transculturación que llevan a cabo.

Para empezar, debo señalar como indica Prakash que las “élites, a menudo describen a los campesinos como una encarnación de mitos y supersticiones, fuera del dominio de la modernidad y la razón” (2001, p. 62). Esta afirmación contiene una paradoja sin solución. Por un lado, se proyecta al subalterno como un “Otro irracional”, más allá de la autoridad y el entendimiento. Por otro lado, el subalterno es completamente conocible como una “encarnación” de la irracionalidad. Lo anterior nos va a permitir entender qué hay detrás del devenir de los personajes analizados. Ciro y Gamaniel Sotomayor son campesinos de la sierra del Perú (Huancavelica), miembros de una familia de pequeños terratenientes empobrecidos, cuyo objetivo es “blanquearse”, occidentalizarse. Para esto van a tratar de pertenecer o acercarse a las élites, o migrar del campo y buscar adquirir una mejor posición mediante la educación. Sin embargo, no pueden dejar de ser campesinos (con costumbres indígenas), ni acoplarse completamente al mundo moderno.

Para entender mejor cómo es que los personajes analizados están descentrados es importante aclarar tres categorías importantes: el “discurso migrante”, la “desindianización” y el “mestizaje”. Cornejo Polar señala que “el discurso migrante es radicalmente descentrado, en cuanto se construye alrededor de ejes varios y asimétricos, de alguna manera, incompatibles y contradictorios”. Es decir, que el migrante está “condenado a hablar desde más de un lugar: que contiene un discurso doble o múltiplemente situado” (1986, p. 82). Ciro

y Gamaniel, están insertos en esta problemática. El primero, un mestizo que añora las costumbres indígenas, migra de su pueblo hacia Lima. El segundo, se convierte de campesino a pequeño terrateniente, para luego convertirse en un sujeto inubicable. El descentramiento en los personajes es presentado por la novela como efecto de que el “sistema dominante” los ubica siempre en la periferia. Por un lado, Ciro se divide entre el campo y la ciudad. Vive añorando su lugar de nacimiento, pero es consciente que tiene que acomodarse a los mandatos de la modernidad para lograr el progreso. Por otro lado, Gamaniel está desubicado porque ha perdido su estatus como gamonal. No ostenta más el poder, pero tampoco puede ser un miembro más de la comunidad porque representa lo que esta rechaza. Entonces, no pueden tener un lugar fijo porque sus divisiones internas se lo impiden. Por esta razón, en la novela se puede notar que es imposible lograr la hibridación cultural, más bien presenciamos el enfrentamiento de dos culturas. Los personajes analizados tienen que optar por una u otra. Asumen, en este caso, que optar por la occidental les permitirá aspirar a un ascenso social, pues rechazar la educación y el progreso como fuente de desarrollo los rebajaría en las escalas sociales. De esta manera, quedan “múltiplemente situados” porque su ubicación dentro del sistema en el que están inmersos no les permite ser completamente campesinos o ciudadanos o miembros de una clase privilegiada como se demostrará a lo largo del análisis de los fragmentos de la novela.

La desindianización, siguiendo a De la Cadena significa “despojarse de los marcadores que evidencian la condición social de la indianidad, tales como andar descalzos o con ojotas y carecer de destrezas urbanas en general”; es decir, occidentalizarse en el sentido más corriente del término: “Sin embargo, se trata de algo muy distinto a las convenciones evolucionistas implicadas en las taxonomías étnicas dominantes, de acuerdo a las cuales la educación formal y la vida urbana, en tanto formas superiores de desarrollo, son consideradas como sustitutos naturales de la cultura indígena” (2004, p. 36). Esto nos indica que existen

grados de indianidad: hay personas que reafirman sus costumbres indígenas en su lugar de origen y las rechazan cuando van a las ciudades. El personaje de Ciro, por ejemplo, se va a estudiar a la capital y se desentiende de sus orígenes. Gamaniel, en cambio, vive en su pueblo, pero trata de diferenciarse de los indios porque es tratado como un “misti” (“señor”) por los campesinos, aunque sea solo un terrateniente empobrecido y que ha perdido sus privilegios.

Para De la Cadena, el mestizaje “es el proceso a través del cual los indios se alfabetizaban y adquirían las habilidades urbanas gradualmente, despojándose a la vez y naturalmente (como ocurría en las metamorfosis) de su cultura original”; además, aclara “que no implica un rechazo a la cultura indígena, si bien sí conlleva una distancia con respecto a la indianidad” (2004, p. 46). Los protagonistas del análisis de este capítulo y los personajes que los acompañan en la novela pasan por este proceso. Si bien buscan ser reconocidos como mestizos (pero buscan “blanquearse”), no dejan totalmente sus costumbres como sus fiestas o el gusto por su música vernacular.

Los “(des)encuentros” que tienen los protagonistas con los demás personajes visibilizan su descentramiento. En el caso de Ciro, se refleja en el mandato de regresar al pueblo de sus orígenes, en la relación con sus hermanos, en el enfrentamiento con su comunidad, en la relación con Jessica y el final de su “destino”. Con respecto a Gamaniel, en su vida como hacendado, su proyección en los hijos, su vida despojado de sus tierras, el enfrentamiento con la comunidad de los Ángeles y, también, el final de su “destino”, como se explicará más adelante.

El personaje de Ciro constituye el primer sujeto subalterno en la novela que permanece descentrado. El narrador lo presenta de la siguiente manera:

Ciro Sotomayor creía ser un hombre de estos tiempos. Atribuía sus éxitos a su esfuerzo individual, a su visión y destrezas que estimaba superiores a los de sus semejantes, y culpaba de sus fracasos a la torpeza del prójimo, a las maquinaciones del enemigo y en última instancia a la mala suerte. (p. 11).

El personaje pertenece a estos “tiempos”, es decir está anclado en el proceso de la modernidad. Sin embargo, el verbo “creía” quita certeza a esta visión: el narrador nos señala, directamente, una grieta en la mirada que tiene el personaje de sí mismo. Se puede ver, entonces, la dicotomía entre la añoranza del pueblo de origen y los deseos de progreso:

Ahí estaba la imagen del padre; de la gran casa hacienda que los arrieros podían divisar muchas horas antes de llegar a ella; de los vastos naranjales que allá por los treinta llevaron orgullosos a ese rincón de los Andes. Eran los recuerdos que lo habían perseguido en los salones universitarios, en el pequeño taller automotor donde finalmente lo arrinconaron las vicisitudes de los nuevos tiempos. Y sobre esas imágenes la carta martillaba su mensaje: *Necesito ver a mis tres hijos. Necesito arreglar el asunto de las tierras, antes que me lleve la trampa.* (p. 12) [Las cursivas son del autor.]

La imagen del padre persigue a Ciro y, con ella, la de la añoranza del pueblo de origen. Como señala Cornejo Polar, “triumfo y añoranza no son términos contradictorios en el discurso del migrante” (1996, p. 81). Pero cabe aclarar que es la añoranza de la vida en una hacienda, como miembro privilegiado de su comunidad. En cursiva, también, se da cuenta del mandato del padre que le pide regresar a su tierra para verlo porque está muriendo.

El desenlace de la historia se da cuando Ciro emprende el regreso a la ex hacienda de su padre: Ingahuasi. Esta después de la Reforma Agraria se convierte en Los Ángeles. Lo hace porque es un llamado agónico. No lo hizo ni cuando lo llamaron “en los tiempos de la

Reforma”, tampoco cuando el padre lo llamó “cuando años después logró arrancar a esa Reforma un puñado de tierras con la pretensión de heredarlas” (p. 12). Es preciso señalar que Ciro no recorre el camino de regreso a Ingahuasi, sino a la comunidad de Los Ángeles:

Yon William, el mozuelo de camisa brillante, recibe los boletos y autoriza el abordaje.

Ciro llega hasta él, atina a preguntar:

— ¿A Ingahuasi?

Yon lo encara:

— Nosotros vamos a Los Ángeles.

La mujer de falda azul que avanza con los brazos colmados de paquetes eleva su voz.

— Ingahuasi y Los Ángeles son la misma vaina, caballero. Suba, suba. (p. 45)

Se ve que ha cambiado el orden social. Los miembros de la comunidad ya no se reconocen como siervos de un hacendado. La ex hacienda, producto de la Reforma Agraria, se ha convertido en un pueblo administrado por la comunidad, cuyos miembros son los ex servidores del padre. Su ruta será un “camino al purgatorio”. Se encuentra una referencia directa a Pedro Páramo, de Juan Rulfo, ya que Ciro también va al encuentro de un padre que ya está muerto.

El llamado del padre no es exclusivo para Ciro; incluye a todos sus hijos. Ciro tiene dos hermanos: Elena y Marcos. El protagonista antes de partir hacia el encuentro con el padre busca a sus hermanos. Este va a ser un desencuentro por la negativa de estos a acompañarlo. A manera de premonición y desengaño, Elena le dice: “Somos unos huérfanos, Ciro. Nuestro padre ha muerto hace tiempo. ¿Quién te ha dicho que tienes un padre?” (p. 15). La hermana está completamente distanciada de su pueblo de origen, es un lugar que prefiere negar. Sin embargo, a insistencia de Ciro, cede: “Pero puedes decirle algo mejor todavía. Sí, tendrías

que decírselo. Por ejemplo, decirle que estoy fuera del país. Que llevo una vida espléndida en Alemania. Puedes decirle que mi marido es un alemán y mi niña una muñeca rubia” (p. 16). Ella hace hincapié en que, si quiere llevar una buena noticia al padre, le diga que está en el extranjero, que ha migrado y ha tenido éxito. Ella rechaza, de manera tajante, sus orígenes y piensa que el padre se alegrará de que haya llevado con éxito su proceso de transculturación. Para entender mejor los sucesos descritos de la novela se debe tener en cuenta lo que señala Degregori,

Persiste por un lado el rechazo a la identidad india, posiblemente, porque el estigma servil está todavía muy cercano y/o porque el rol del campesino, y más aún de campesino pobre asociado al indio, los excluiría de los beneficios -reales o ilusorios- que prometen las ciudades o el extranjero. (1993, p. 126)

No obstante, Elena vive pobre y relegada en Lima. Entonces, lo que ella quiere “regalar” al padre en su mensaje es su supuesto triunfo: quiere hacerse reconocer como un sujeto que ha logrado el proceso de modernización.

Ciro, también, busca a su hermano Marcos en la ciudad de Huancayo:

Ciro lo toma de un hombro. Marcos, el rebelde que con otros alzados en armas regó de muertos las selvas de Madre de Dios y alborotó los diarios de la provincia. Ha desaparecido el porte majestuoso con que había atemorizado a los hacendados en los tiempos de la reforma. Ahora es un hombre de lomo arqueado, rostro estragado y mirada huidiza. Irradia la sospechosa calma del que ha renunciado a sus sueños; del buey retirado de las faenas que dormita en la inmóvil sombra del establo. (p. 19)

Marcos es presentado como un rebelde que ha fracasado en su lucha. Ahora, se encuentra como un “animal” confinado a la inmovilidad, al estancamiento. Este personaje es rechazado por el padre, justamente, porque se levanta contra el sistema que el padre defiende y

reconoce: el del latifundismo y el servilismo. Por esta razón, Marcos le pide a Ciro: “Dile *a tu padre*... [las cursivas son del autor] —Marcos traga saliva—. Que me has visto en la cárcel. ¿Ah? Condenado a perpetuidad, sin riesgo de fuga. ¿Ah? Dile que muera tranquilo” (p. 24). Marcos piensa que hará sentir bien al padre si este se entera que está en la cárcel, que la afrenta que le ha hecho a él y al sistema que representaba ha sido castigada y que no tendrá oportunidad de repetirla. Sin embargo, el personaje ha fracasado en su búsqueda de la revolución y en su vida: vive con su familia empobrecido en una barriada de Huancayo. Entonces, Ciro se dirige al padre para darle noticias sobre sus hermanos, pero estas noticias serán falsas. El protagonista va en busca de un lugar que no encontrará y llevando la carga de tener que mentir para mitigar el dolor de la agonía del padre.

Su dislocamiento se da también cuando se enfrenta con los miembros de su antigua comunidad (Ingahuasi/Los Ángeles). Ciro se da cuenta que no puede localizarse, que se encuentra en un “no-lugar”. El protagonista se dirige hacia su pueblo, pero en el camino ocurre un huayco que va provocar que se detenga en su peregrinaje. Muchas son las personas que viajan por ese camino, la particularidad está en que la gran mayoría son campesinos que, ahora, viven en las ciudades. Varios de ellos son oriundos de la comunidad de Ciro. Este, gracias a su conocimiento de mecánica ayuda a arreglar el motor de un tractor que sirve para arreglar el camino:

¿Así que este guapo cholo reparó el motor, no? —Se dirige a las sombras de donde viene la música—. ¿No tenemos un traguito para el maestro? ¿O va a tomar puro ron? No pues, *oy*. No sean tacaños. Estos indios lisos no saben que es la gratitud. Ciro conoce este tono burlón. Lo usan los provincianos cuando se parodian a sí mismos. Simulan ser indios llegados a la ciudad, desubican a los criollos y los contraatacan. Es una forma de decir: soy varios hombres en uno solo y me comporto según la necesidad. (p. 109) [Las cursivas son del autor]

Ciro, en primer lugar, es reconocido como “guapo cholo” por el personaje que le dirige la palabra. Este mismo personaje reconoce a los demás como “indios lisos”. Es decir, aunque pertenecen a la misma comunidad, se diferencia de ellos y los coloca en un estrato inferior. Como señala Degregori: “Nadie quiere identificarse como indio porque a lo largo del S. XIX y especialmente luego de la expansión latifundista, “indio” se fue convirtiendo, tendencialmente, en sinónimo de ‘campesino pobre’ y en muchos casos en sinónimo de ‘siervo’” (1993, p. 125). El proceso de modernización en el que están sumergidos los obliga a alejarse de su indianidad. Además, el narrador indica que Ciro reconoce esta clase de comportamiento que es el del campesino que se parodia a sí mismo, para atacar al ‘criollo’. Como señala De la Cadena, “a través de una activa desindianización los subalternos han redefinido las nociones esencialistas de cultura, al sustituir las creencias regionales en identidades fijas por grados infinitos de fluidas ‘indianidades’ o ‘mesticidades’” (2004, p. 23). Es decir, que uno puede ser al mismo tiempo “criollo”, “mestizo”, “indio”, dependiendo del rol que le toca asumir. Como indica el narrador, esta clase de comportamiento es su forma de decir “soy varios hombres y me comporto según la necesidad”. Vamos a visibilizar, a lo largo de estos (des)encuentros, este tipo de comportamiento en todos los personajes involucrados.

Ciro se encuentra con miembros de la comunidad de Cotay que se definen como “cholos no pleitistas” y se identifica con ellos. No pude olvidar sus raíces campesinas e indígenas:

Una segunda bandurria se suma a la primera. Los hombres del mostrador comienzan a batir palmas y acompañar el ritmo indígena. Ciro reconoce esa nueva melodía y sus pies ya están llevando el compás en el sordo suelo. ¿Dónde ha estado esta música en todo el tiempo en que se ha largado a la ciudad? Las bandurrias le responden, pulsan las invisibles cuerdas con que Ciro tiene tejido el corazón... Ah, maestro. Conoce

músicas. Guapo cholo todavía parece. Repara motor y conoce músicas. Como si nada, él. Parece un cotay. (p. 110)

A Ciro, la música que ha escuchado le produce añoranza y lo llama a preguntarse dónde ha estado ese lado suyo: el que lo acerca a las costumbres indias. Se pregunta cómo es que la ciudad ha hecho que desaparezca. Ciro reacciona frente a la melodía que emanan las bandurrias, automáticamente, porque lo tiene ‘tejido en el corazón’: acompaña la música naturalmente con los pies. Vemos, por primera vez, de forma directa, esa dualidad en el protagonista: el campo y la ciudad que forman parte de su esencia y que no lo dejan ubicarse. Además, es reconocido como un campesino más, como un miembro de la comunidad: lo reconocen como un Cotay. Podría identificarse, pero no lo hace porque está descentrado: no sabe si pertenece a la ciudad o si habita aún en él su origen campesino.

El enfrentamiento que tiene con algunos miembros de su comunidad Inguahuasi/ Los Ángeles va a profundizar su desconexión. De esta manera, el narrador presenta el (des)encuentro (un encuentro fallido que no se lleva a cabo) con ellos:

Ciro responde en quechua, el ruedo de mozos estalla en carcajadas.

— ¡Ay caraya! Habla como gente, oy.

Ciro va a responder en el mismo tono, de indio recién llegado de la ciudad, cuando Pío Conde se le aproxima, lo contempla de soslayo.

— Champán quieres tomar, ¿no? Como misti quieres tomar. Gente fina eres, ¿no?

...

Ciro se detiene, deja que los mozos lo abracen, busca en sus bolsillos y blande un billete.

— Yo convido ahora. Quién va a comprar un traguito. ¿Quién se anima?

El mozo deja atrás las sombras, paladea su coca, se detiene ante Ciro.

— ¿Tú quieres invitar? Ciro lo contempla: el mozo va descalzo, acaricia sus bigotes.

Sus ojos han visto otros pueblos, pero miran sin firmeza, con ternura: mirada de indio.

— Invitar, sí — dice Ciro —. Ahora me toca.

— Entonces compra tu trago. Anda compra tú mismo. ¿Por qué tienes que mandar?

Ciro se humedece los labios.

— Está bien. No hay problema. Yo voy a comprar.

— El que quiere invitar, compra su trago. Aquí nadie es peón de nadie. ¿Está Claro?

(p. 115)

Ciro quiere acoplarse al grupo, pero no lo dejan, lo ven como un “misti” (“señor”). Lo reconocen como miembro de la familia Sotomayor, ex dueña de la hacienda Inhuaguasi, a la que han pertenecido los miembros de su comunidad, ahora llamada Los Ángeles. Él habla quechua, abraza a sus acompañantes, pero el gesto de mandar a comprar el trago que quiere invitarles lo muestra como miembro del grupo de “señores” que la comunidad rechaza. Le recuerdan que ya no hay “señores”, que ya “nadie es peón de nadie”. El hecho de que Ciro sea miembro de la familia que antiguamente dominó a los miembros de esa comunidad, de que venga desde la capital, lo vuelve un extraño. A pesar de que comparte el gusto por la música y conoce la lengua nativa no lo dejan ni puede integrarse. Su posición de superioridad impide que lo vean como un miembro más de esta comunidad. Ciro, frente a su prójimo, es un forastero.

Sin embargo, algunos personajes, los de más edad, lo reconocen como miembro legítimo de su comunidad, pero de la comunidad que ha desaparecido y de la cual el pueblo no quiere acordarse:

— ¿Niño Ciro? — se cubre la boca, quiere callar, pero las palabras ya están en el aire —. Soy Conce. Conce Rojas. ¿No me reconoces?

¿Conce?

¿El viejo hortelano que regaba las huertas y regresaba al amanecer? ¿Qué hace allí Conce?

— Tú, niño. ¿A dónde vas?

— Voy allá.

— ¿A qué vas? — Vuelve la mirada a la fogata —. Ellos no te van a dejar.

— ¿Quiénes ellos, Conce?

— Gente nueva, Niño. Tú ya no conoces. Ellos son dueños de Los Ángeles. (p. 116)

Ahora, Ciro es reconocido “positivamente” por un siervo antiguo: Conde. El trato es de respeto: “niño Ciro”. Él le advierte que ya no está regresando a la hacienda del padre, que son otro los dueños de sus tierras. Es importante hacer notar que cuando Ciro es reconocido como un Sotomayor, el rechazo se exaspera. Se le trata como “misti maldito”, “Perros, toda familia Sotomayor”, “a que has venido, Sotomayor, ¿a ordenar? ¿Ah?” (p. 115). Ciro, entonces, queda escindido. De ser miembro de una familia respetable para su comunidad, ahora es rechazado.

Ciro no tiene un lugar porque su pueblo es diferente. Ahora le pertenece a otras personas. Su familia ha caído en desgracia; ya no es reconocido como el hijo de los hacendados. Tampoco puede ser reconocido como un miembro de la comunidad, como un campesino o un indio más, porque viene de Lima y, al regresar, sigue representando la figura del “misti”. Está condenado a sentirse extranjero.

La novela también nos presenta el encuentro de Ciro con su ex pareja. Este nos va a permitir visibilizar que el protagonista tampoco es reconocido como un mestizo que ha logrado su transculturización y esto tiene como consecuencia que no logre el ascenso social que, se supone, debe lograr. Ciro se encuentra con Jessica y ella le comenta que, como un ingeniero exitoso, lo imaginaba en el extranjero:

— ¿Y por qué me tenía que ir?

— Será porque todos los que valen algo, se van. Por eso, Ciro.

¿Valen algo? ¿Se van? Tal vez fueron esa clase de exigencias las que deterioraron la relación. Jessica siempre exigiendo, de modo natural, logros que nunca siquiera le habían pasado por la cabeza a él.

— Yo me voy a Ingahuasi -responde, deseoso de cambiar de tema—. Y me quedaré allá para siempre. ¿Eso no está bien?

— ¿Y? ¿Vas a poner un restaurante para turistas? ¿Un hotel?

— No sé. De ti, yo esperarí algo así.

— ¿Y no puedo hacer una vida de campesino, solamente? ¿No?

¿Hablas en serio?

— En serio.

— Estás loco.

— Bueno. Estoy Loco. (p. 53)

Jessica representa a la mujer que ha migrado por un futuro mejor. Ella es la hija del profesor de la hacienda del padre de Ciro. Cuando su familia cayó en desgracia, se fue a Lima a estudiar. No logró su objetivo y está en camino a Ayacucho para trabajar y “forjarse” un

futuro. Ella da por sentado que Ciro, al haber tenido la oportunidad de estudiar, tiene que tener objetivos de acorde al proceso de modernización que ha llevado a cabo, que él sí tiene “esa oportunidad” y la obligación de hacerlo. Frente a esto, Ciro demuestra su deseo por ser un campesino más, el de no adscribirse al deseo normalizado. Este rechazo es visto, tajantemente, como una locura. Como afirma De la Cadena,

Lo que también transforma, finalmente el racismo en hegemónico, es el acuerdo implícito de que la ‘blancura’ -es su versión local, no necesariamente fenotípica- es en último extremo superior y que la indianidad representa la inferioridad absoluta. Situados ambiguamente entre los dos extremos los de ‘piel oscura’ luchan por aproximarse a una ‘blancura’ social elusiva, aunque todavía ‘posible’ para ello. (2004, p. 26)

En otros términos, lo que busca Jessica es “blanquearse” y evita reconocerse como miembro de una comunidad campesina; por eso, evita ser reconocida como india.

A pesar de haber tenido un encuentro amoroso en medio del camino, Jessica no reconoce a Ciro como moderno, ciudadano y letrado:

Ciro era una burbuja del pasado. ¿Un hombre anclado en el ayer? Quién sabe, pero duerme allí con su rostro sin brillo, sin las huellas con que están marcadas las sienas de los hombres con determinación. ¿Es un campesino condenado a errar por calles y avenidas que le son extrañas? (p. 142)

Ciro tampoco es reconocido como un hombre “capaz” de lograr el ansiado progreso. Es representado como apocado, “atrapado en el pasado” y, más aún, como un campesino “condenado a errar en las ciudades”. Es decir, que Ciro tampoco es reconocido como un “mestizo completo” que ha logrado su transculturización. Otra vez, no es totalmente campesino ni totalmente mestizo.

Finalmente, se puede visibilizar mejor su descentramiento. Ciro no decide, luego de que el huayco pasa y se arregla la carretera, regresar a Lima o dirigirse a Los Ángeles (Ingahuasi). Es decir, se queda literalmente en “medio del camino”. Mientras espera, se le viene a la memoria los pasajes que le han venido sucediendo. “Las voces de las vísperas no abandonan sus oídos” (p. 166), señala el narrador. Lo primero que se le viene a la mente es la siguiente frase: “*Un perro mandón eres, Sotomayor*” (p. 166), haciéndole recordar su figura como hacendado, representante del latifundismo. Después, recuerda: “*Así que yo tengo que ir por trago para que tú invites, no? Dilo. Repítelo más fuerte. No te oigo. Más. ¿Quieres que yo te enseñe cómo se responde a esos mandones, perro misti?*” (p. 167), señalándole que el “status quo” ha cambiado, que su familia ya no pertenece más a una clase privilegiada. Se dice a sí mismo que “*Ingahuasi ya no hay. Papá Gamaniel ya no hay*” (p. 167), reconoce que el lugar que ha ido a buscar ya no existe. Luego, reflexiona:

Eres una momia del pasado, Sotomayor, un misti. No encajas en este tiempo. Las haciendas han desaparecido de la tierra, pero todavía existen en la cabeza de la gente como tú, Sotomayor. La gente como tú es el peligro, la gente que no puede vivir sin haciendas. A dónde vas, quieres armar tu hacienda, con tus cholos y tus indios. Has nacido patrón, y quieres morir patrón. La hacienda es tu paraíso; y la vida común, para ti es la maldición. (p. 168) [Las cursivas son del autor]

Es rechazado en su pueblo por ser la representación del pasado. Al mismo tiempo es consciente de que no está o no puede estar cómodo en la ciudad. Como señala Degregori, “las fronteras o límites del grupo pueden depender no solo de cómo sus miembros se definen a sí mismos, sino de cómo son definidos” (1986, p. 115). Ciro queda, entonces, dislocado. El viaje de vuelta a sus orígenes ha demostrado la dicotomía en la que se maneja: el campo y la ciudad. Además, ha quedado clara la imposibilidad de ser o un mestizo que ha logrado su transculturación o un campesino que puede vivir tranquilamente en el lugar que añora. Se

queda en una especie de “limbo”, de no lugar. Es decir, no puede ubicarse en un lugar fijo: no se le permite identificarse. Como se ha señalado la subalternidad siempre es relacional. Ciro es representado en la ciudad con poca agencia, perteneciente a la clase baja que no ha logrado sus aspiraciones. Camino a su pueblo se da cuenta que no tiene lugar, que no puede hablar ni como miembro privilegiado ni como un campesino más. Se puede ver, entonces, que su agencia es mínima.

El personaje de Gamaniel Sotomayor (padre de Ciro y hacendado de Ingahuasi) permitirá ver el proceso de descentramiento, mestizaje y desindianización desde otra perspectiva. Es decir, que un sujeto “privilegiado” puede intentar el progreso que ofrece la transculturación, comenzar a lograrlo, y aun así perderlo.

Gamaniel es el señor de las tierras de Ingahuasi y los indios que habitan en él, sus siervos. Una muestra de su poderío fue mandar a sus hijos a estudiar a la capital o al extranjero. Este proceso de transculturación por medio de la educación de los hijos es su primer fracaso. Marcos es enviado a estudiar Medicina a Lima y luego a Cuba. Nunca se gradúa de médico y regresa convertido en un revolucionario miembro de un grupo terrorista: “Pobre Gamaniel. Uno engendra hijos y los educa esperando en que ellos velarán por uno en la vejez. ¿Pero qué desgracia es descubrir que se ha engendrado no un hijo, sino el fuego que destruirá la obra de varias generaciones? (p. 83). El ‘camarada’ Marcos es negado como hijo, no solo por el padre, también por la comunidad. Como revolucionario, está en contra de los latifundios, en contra del sistema establecido; es decir, en contra del padre. Por esta razón, es castigado:

[Al ser apresado el hijo va a buscar al padre en busca de ayuda] No pudo completar la frase. Los garrotes del padre que súbitamente había abandonado su lecho de agonizante ya llovían sobre él. La huanquita trató de interponerse entre padre e hijo,

sin ayuda de los presentes. Logró sacar a su marido, ensangrentado, tartajeante, pero todavía caminando por sus medios. (p. 87)

El padre rechaza y castiga al hijo porque está en contra de lo que el padre representa. El deseo del padre de tener un hijo letrado, insertado en el proceso de modernización no se ha cumplido.

Elena, la hija, también es enviada a estudiar. El padre muere pensando que está en el extranjero, pero ella tampoco cumple el deseo del padre. Termina como bailarina en un cabaret: “Tú sabes quién soy yo, decía Elena. Aquí en la ciudad, nadie respeta a nadie. Ahora estoy de malas. Tú sabes lo que yo fui en Chimbote. Lo único que requiero es conocer a la persona adecuada. Nada más. Qué tiempos. ¿Puedes dejarme unos soles? ¿Sí?” (p. 146). La frase “tú sabes quién soy yo” nos indica la nostalgia de saberse hija de un hacendado. No puede acomodarse a la vida en la ciudad y termina en sus márgenes.

Ciro, tampoco cumple el deseo del padre como se ha visto en la primera parte de este capítulo. Gamaniel cree que su proceso de transculturación se va a llevar a cabo con el progreso de sus hijos mediante la educación. Sin embargo, no toma en cuenta que ellos, como miembros de una comunidad campesina migrante, tienen una agencia mínima dentro de un sistema dominante que les impide ubicarse.

El momento de la caída total de Gamaniel Sotomayor se da tras la Reforma Agraria aplicada en el Perú a partir de 1969 por el Gobierno Revolucionario de La Fuerza Armada. Pierde sus tierras, y con ellas su poder, que son distribuidas entre los campesinos. Gamaniel no acepta, en principio, esta imposición:

Nos haremos respetar — dijo Gamaniel. El olor a alcohol inundaba la sala —.

Ustedes saben de lo que yo soy capaz. Al siguiente día, salió temprano a la calle y volvió al anochecer, mareado y hablador. Había estado con la gente del Ministerio y

se había hecho oír. Dos días después se repitió la historia. Y semana tras semana, los legajos del reclamo incrementaron su volumen. La solución no asomaba por ningún lado. (p. 130)

Gamaniél recurre al Estado para que lo ayude a recuperar sus tierras, pero este proceso no progresó y mermó el poco poder político de los gamonales empobrecidos. Además, Gamaniél pertenece al grupo de pequeños terratenientes de la sierra que no tienen mayor influencia. Esto va a provocar que el personaje se humille y busque apoyo en los campesinos: “[le aconseja la esposa]: Habla con fulano. Nos ayudará. Nosotros fuimos considerados con la indiada. Que les pregunten a ellos. A ver si no fui una madre para esos indios” (p. 130). Su agencia es mínima, por ello se da cuenta que solo al ser reconocido con la “indiada” podrá tener derechos.

La familia es desalojada de la comunidad y vive en tierras apartadas. Sin embargo, Gamaniél regresa al pueblo buscando ser reconocido nuevamente como “el señor” del pueblo: “...se apareció en la plaza, bebido, zurriago en mano y metió el caballo sobre las ventas de aretes y jarra de chicha de la feria” (p. 133). Su reacción violenta es consecuencia de no aceptar el haber sido relegado de su antigua posición. Frente a esto, la comunidad reacciona:

Las autoridades convocaron a una asamblea de emergencia. Pio Conde y los mozos de la nueva generación realizaron un balance de la amenaza que aquella *fiera* representaba para la nueva población, expusieron el futuro de progreso y dignidad soñado y de qué modo el regreso de Sotomayor ponía en riesgo ese sueño. Debían atraparlo, mancornarlo como a un ladrón y entregarlo a la Guardia Civil. ¿No era un peligro mayor que los mismos abigeos? (p. 133) [Las cursivas son del autor]

Existen nuevas autoridades que enfrentan a Sotomayor, pero sobre todo a lo que él representa: el regreso del viejo orden. Es un sujeto que puede socavar ese “futuro de progreso y dignidad soñado” por la comunidad. Los Ángeles, antes Ingahuasi, es la representación de un “nuevo orden”. Es por esto que Gamaniel se convierte en el recuerdo de lo pasado, de la dominación. Su presencia hace que sus miembros se reconozcan como subalternos y es lo que quieren evitar. El pueblo tiene la necesidad de expulsar al ex hacendado. No obstante, Gamaniel no puede evitar regresar, ya como añoranza, a su antiguo pueblo:

Empezó a frecuentar la plaza Los Ángeles (*Plaza, había aprendido a llamar también él a su antiguo alfalfar*). Se retiraba con las primeras sombras de la noche, de la mano de un indiecito descalzo que vociferaba como un peón (su hijo en Flora Gaitán). Se convirtió de ese modo en complemento natural del paisaje, en la presencia fatigada que proyectaba en la plaza de Los Ángeles un aire de paternal dignidad que la nueva generación empezó a apreciar. (p.136) [Las cursivas son mías]

Regresa al pueblo, pero no es integrado a la comunidad. Ni siquiera porque, tras la muerte de su esposa, se amanceba con una campesina (como se ha comprobado en la cita). Tampoco, porque reconoce, al final, a su hacienda Ingahuasi como el pueblo Los Ángeles. Está cosificado, como una pieza de un museo que recuerda un “estatus quo” desaparecido: si es aceptado es porque no molesta.

Finalmente, el nuevo orden de las cosas se reafirma cuando Gamaniel Sotomayor muere:

Los antiguos yanaconas acudieron al velorio, colocaron sus sombreros en una banca, frente al ataúd, y por dos noches ofrecieron sus cabezas descubiertas a toda una época que se clausuraba con aquel Sotomayor. Los mozos de la nueva generación aparecieron el día del sepelio, se ofrecieron a cargar el ataúd. Otros tiempos

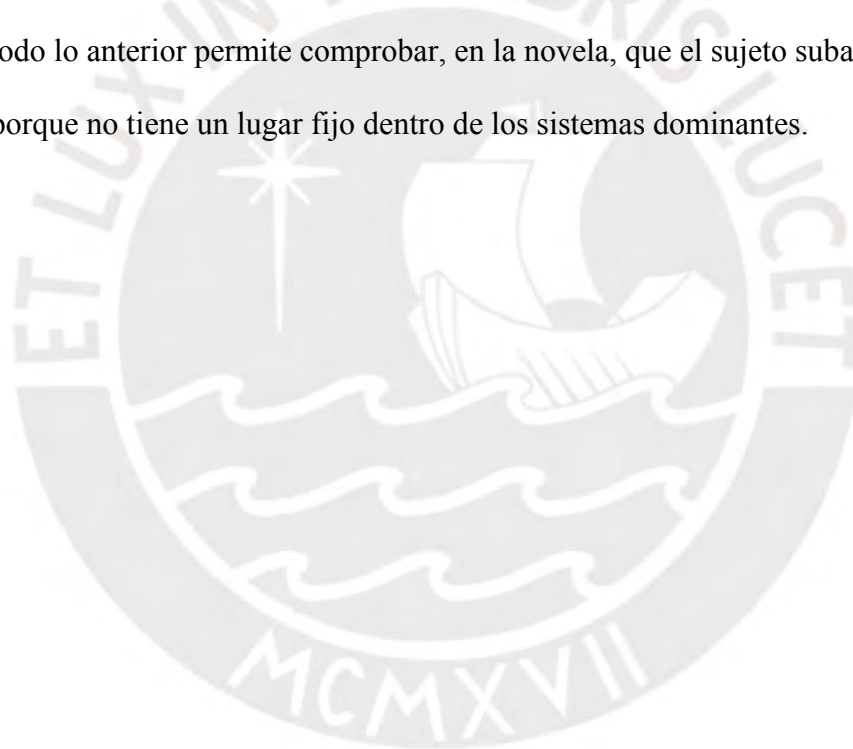
comenzaban en los Ángeles, lo habían comprendido, y nada se podía edificar sobre la piedra del resentimiento. (p. 137)

La comunidad no deja que Gamiel Sotomayor se integre a ellos. Es respetado porque es la representación “de una época clausurada”. No es más el señor de la comunidad ni un miembro de ella.

Gamaniel es un ex terrateniente empobrecido que no ha cumplido con sus ideales de progreso. Sus hijos no han respondido a su deseo. Ha perdido sus tierras y con ellas su estatus de “gamonal”, de “señor”. Tampoco puede integrarse a la nueva comunidad campesina, porque ellos no lo ven como uno de sus miembros y él tampoco se siente totalmente campesino. Entonces, está desubicado y no puede tener un lugar fijo dentro del nuevo sistema establecido. Termina fuera de lugar porque quiere seguir siendo el dueño de la hacienda Ingahuasi que ha desaparecido y vive dentro del pueblo Los Ángeles que no lo puede aceptar como uno de sus miembros porque busca reconocerse como una comunidad. No puede hablar dentro del sistema “oficial” porque fue dueño de tierras que valen poco y tiene una agencia mínima. Tampoco tiene voz dentro de la comunidad porque es rechazado al no tener ninguna influencia.

En conclusión, sobre la base de la novela y del análisis de los personajes de Ciro y Gamaniel Sotomayor, se ha visto que en la novela el sujeto subalterno siempre está escindido. Es decir, está obligado a situarse en varios lugares porque no tiene un lugar fijo. En otras palabras, está descentrado. Lo anterior, porque como indica De la Cadena, “se comparte un crudo evolucionismo racial/cultural que establece diferencias inconmensurables entre la ‘sociedad indígena’ definida como premoderna, iletrada, mágica y retrasada y el Perú no indígena, caracterizado como moderno, alfabetizado, racional y con un potencial grande para el progreso” (2004, p.169). En un primer plano, Ciro no llega a transculturarse. En otro plano,

lo anterior no le permite escalar socialmente e insertarse en el modelo económico preponderante. El personaje, como el final de su historia lo indica, queda “flotando”, literalmente, en medio del campo y la ciudad. Es visto, en la ciudad, como un hombre sin ambiciones y que vive añorando las costumbres de su pueblo. Tampoco puede regresar a su comunidad de origen porque es rechazado al ser miembro de una familia que representa el abuso del latifundismo: no puede ser ni ciudadano ni campesino. Gamaniel no cumple sus deseos de progreso. Primero, porque sus hijos no cumplen este proceso y, luego, porque pierde la categoría de hacendado: es excluido de su comunidad, ya no es visto como el “señor” del pueblo ni como miembro de la nueva comunidad que se ha constituido: es inubicable. Todo lo anterior permite comprobar, en la novela, que el sujeto subalterno está descentrado porque no tiene un lugar fijo dentro de los sistemas dominantes.



Capítulo 3: La mujer sub-subalterna

En este capítulo, al analizar a los personajes de Jessica y Lili de la novela *Carretera al purgatorio*, explico cómo en la novela las protagonistas, al estar dentro de un entorno subalterno, son ubicadas en un lugar de sub-subalternidad. Esto se genera porque se mueven en un sistema patriarcal que hace más difícil su desindianización. Es decir, no logran el proceso de transculturización. Todo lo anterior, se produce, nuevamente, porque internalizan la superioridad de la tradición occidental, racional y letrada.

Para empezar el análisis, debo señalar, siguiendo los conceptos de los estudios subalternos, como indica John Beverley, que

surge el problema de lo que se podría llamar ‘lo subalterno de lo subalterno’: es decir, la persistencia o la introducción de nuevas formas de discriminación y subordinación *dentro* de los grupos o sociedades designadas subalternas (Vg. Las formas varias de poder patriarcal y machismo en las culturas de las clases populares, o las discriminaciones étnicas o de castas dentro de una misma clase. (2003, p. 160) [Las cursivas son del autor]

Esto indica que las agencias de la subalternidad tienen varias aristas y una de ellas, en el caso de las mujeres, es que se internaliza el patriarcado como algo “natural”. Esto produce que las mujeres sean sujetos de subalternización dentro del sistema subalterno.

Para entender mejor cómo es que los personajes analizados se encuentran dentro del sistema patriarcal es preciso aclarar en qué consiste. Como señala Marta Fontenla, a partir de los Estudios de Género,

en términos generales el patriarcado puede definirse como un sistema de relaciones sociales sexo-políticas basadas en diferentes instituciones públicas o privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones, quienes como grupo

social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea por medios pacíficos o mediante el uso de la violencia. (2008, p. 220)

En el caso del sistema subalterno representado en la novela, se “naturaliza” este patriarcado y se sigue, sin discusión, el sistema que han internalizado: el occidental que los oprime y que los lleva a seguir sus reglas. Este sistema patriarcal en la novela es naturalizado de tal manera que los propios personajes analizados (Jessica y Lili) se van a manejar sobre la base de estos códigos. Es decir, que ellas van a reproducir este discurso en sus historias.

En primer lugar, me enfocaré en el personaje de Lili. Ella representa a la mujer que busca transculturarse mediante la educación: de hecho, logra migrar a Lima y estudiar para técnica en enfermería. Sin embargo, su nostalgia por lo andino y el sentimiento de incompletud (no se casa) no permiten que logre el proceso de transculturación que se traza como objetivo.

El personaje de Lili busca que se reconozca que ha logrado ascender socialmente e igualarse a algunos de sus pares, aunque se verá, a lo largo del análisis, que no lo logra. Ella tiene como objetivo que Reina, su sobrina y ahijada, sí pueda tener lo que a ella le ha faltado:

Lili contempló el rostro del futuro suegro de Reina; aquel hombre que hasta el fin de sus días la llamaría *comadre*. Finalmente había logrado igualarse a este obrero textil; a su mujer, esa paisana pretenciosa que un tiempo ni siquiera le respondía al saludo por ser Lili apenas una empleada doméstica recién llegada a la capital. La mujer comenzó a reparar en Lili sólo años después en las *kermés* del Club distrital, cuando Lili ejercía ya de Enfermera Técnica en un gran hospital. Ah, paisanos, se creían muy de arriba, sólo por haber llegado antes que ella a la ciudad. Pero he ahí que los había alcanzado

y estaba haciéndoles reconocer que ella era una *igual*. (p. 39) [Las cursivas son del autor]

Ahora bien, cabe señalar que es reconocida como “alguien” porque tiene una profesión (es ahí donde “reparan” en ella). No obstante, se siente más cercana a sus paisanos porque la van a llamar “comadre”. Es decir, forma parte de una familia, que ya es ‘igual’ a las personas con las que se ha emparentado. Esto es posible porque Reina se va a casar y va tomar otro estatus y, con ella, Lili. Es importante, también, hacer notar que el ambiente de Lili se circunscribe a personas de su mismo pueblo, todos ellos de la sierra central donde eran campesinos pobres: “[Aclara cuando los suegros de Reina quieren que se case en Lima] — Reina ha nacido allá — dejó escapar el suspiro—. Como yo y como ustedes. ¿Qué somos? Unos huancavelicanos en Lima, unas gentes de Ingahuasi. ¿No se dan cuenta de que en Lima somos solo forasteros? ¿No significa nada para ustedes ser gente de Ingahuasi?” (p. 38). Lili busca, como se verá más adelante, el reconocimiento de sus pares basada en uno que no ha podido conseguir: el de mujer casada. Para muchas campesinas este reconocimiento es muy importante porque las hace crecer socialmente. En su estudio sobre las mujeres campesinas de la sierra del Perú, De la Cadena señala que “el género ubica a las mestizas detrás de sus parejas en su búsqueda del ascenso social regional, pues están más lejos de convertirse en damas que sus maridos en caballeros” (2004, p. 249). Una mujer soltera, entonces, es vista como incompleta. Es por esto que Lili se preocupa de que su ahijada sí llegue a asumir este rol:

Los paisanos se quedarán boquiabiertos cuando las vean subir las gradas de la capilla: ella de azul y su sobrina de blanco. ¿Es ella? ¿Lili, la lavandera? ¿Y la novia no es la mocosita que se llevó a Lima hace años? Ah, por ellas han arreglado la capilla y ha venido el cura, por su plata están tocando los músicos para la virgen. (p. 42)

El narrador nos señala cómo imagina Lili que la verán sus paisanos, entrando, ella también, al altar. De esta manera, busca cumplir con el mandato que la sociedad le impone y que le falta: el formar parte de una familia por medio del matrimonio. Lili es reconocida porque se ha educado, porque tiene dinero para que “con su plata toquen los músicos para la virgen”, pero se siente incompleta porque no tiene un hombre al lado suyo y una sociedad patriarcal ve a las mujeres solteras como personas venidas a menos. Su entorno subalterno la discrimina por no haberse casado; entonces, no puede sentirse completamente reconocida y busca suplir esta falta en su sobrina/ahijada. Sin embargo, este reconocimiento siempre será incompleto, porque no es ella la que contrae matrimonio. Esto produce que su transculturación no se lleve totalmente a cabo, que se reconozca en su incompletitud.

Por otro lado, Lili también representa al sujeto que vive añorando el mundo andino, es decir, nunca ha dejado de pertenecer totalmente al universo en el que vivía como miembro de la servidumbre en la hacienda. Es más, ella reconoce la estancia en la hacienda Ingahuasi como su primer contacto con la “civilización”:

Había evocado la casa hacienda de Ingahuasi en los momentos tristes de la ciudad, cuando trabajaba de doméstica y cuando más tarde, graduada de Enfermera Técnica, se comía las humillaciones en un gran hospital. ¿Por qué recordaba esa casa hacienda y hablaba de ella como si fuera la suya propia? ¿Y a su gente, como si fuera la suya? Porque requería darse fuerzas, por alentarse de algún modo para no desaparecer como una cáscara de maní pisoteada en las veredas de la ciudad. Sí; porque una parte de su vida había transcurrido en Ingahuasi. Allí aprendió a hablar el castellano; a asearse diariamente para diferenciarse del perro y el cerdo; a dormir en un espacio, a cocinar en otro espacio, y recibir a la visita en una sala. (p. 122)

Lili sabe que en la “gran ciudad”, Lima, es solo una provinciana más y, como tal, es discriminada. Entonces, evoca su vida en la hacienda porque allí se sentía miembro de una comunidad, de una familia (aunque como doméstica). Además, considera que la vida dentro de la casa de los principales la ‘humanizado’: habla castellano, se asea, cocina en un lugar apartado de las demás divisiones de la casa (actividad que en las casas de los campesinos se hace en un lugar común); en última instancia, se desanimaliza. Entonces, Lili no puede dejar de reconocer que dentro del sistema gamonal en que vivía tenía un lugar, una identidad, más o menos, definida. Lo anterior, es producto de una mirada que, como se ha comprobado, parte de una cosmovisión hegemónica.

En la trama, Lili se encuentra con Ciro, quien es el hijo del principal de la hacienda Ingahuasi, en medio del huayco. Este encuentro va afirmar su identificación con la forma de vivir que tenía en la hacienda:

[Al escuchar hablar a Ciro sobre Inguahuasi] Aquellas palabras y aquella voz vienen del pasado, de aquella presencia fantasmal cuya aparición anula el espacio recorrido por ella en todos esos años, comprime el tiempo y la convierte en la india descalza, la Bartola que acudía presurosa a los llamados de doña Alcira. Las palabras vuelven a desbordarla. (p. 124)

Lili, entonces, reconoce su dicotomía: Lili/Bartola. Lili, la mujer que ha migrado de la ciudad en busca de un futuro mejor y Bartola, la campesina, criada de la hacienda, que vive agradecida de las enseñanzas que ahí le han impartido. Sin embargo, ante la dicotomía, Lili/Bartola busca reconocerse como una mujer migrante, aunque ello le resulta difícil:

[Frente a Ciro] Lili vuelve el rostro a las sombras. ¿Para qué empezó el juego? ¿Va a decirle, sí soy Bartola, y la distancia que he recorrido para alejarme de aquellos tiempos son nada frente a tu aparición? Vuelve a sentir la angustia, la humillación de la doméstica; a sentir cómo las fuerzas abandonan sus miembros. Quiere inclinarse

frente a ese mozo, postrarse como su sirviente y llorar clamando perdón por haberle abandonado. Es culpa el rostro demacrado de Ciro y su descuido en el vestir. Esos zapatos serán su vergüenza eterna. Quiere gritar: ¡Quítatelos, los voy a limpiar! Pero un río desconocido ruge en sus venas, insufla sangre en sus mejillas, hierro caliente en el vacío de sus huesos. Vuelve a dejar atrás Ingahuasi, ahora el Ingahuasi de sus recuerdos. (p. 125)

Lili, elige dejar de ser Bartola, sabe que los tiempos han cambiado, que las haciendas han desaparecido. Añoranza y progreso se enfrentan en una dicotomía que es difícil de resolver; sin embargo, se elige lo moderno como vía única de desarrollo. Esto se representa en la figura de Ciro que está descuidada, venida a menos como las pequeñas haciendas que se han empobrecido.

Reina también le pide que reconozca que vive en una especie de tiempo perdido:

— ¿Y lo vas a invitar?

— Ya lo invité.

— ¿Al niño Ciro?

— A él, a Ciro.

Lili dobla la nuca con suavidad y recibe las andanadas de protestas que lanza Reina.

¿Por qué lo llama *niño*? ¿Por qué lo ha estado llamando *niño* a la vista de todos? Mal, muy mal. Adorando cosas del pasado, ella que parecía una mujer actual. De eso se había burlado Oscco. *¿Dónde está tu niño Rinita? ¿Por dónde anda tu santo patrón?*

— ¿Y sabes? Ellos se han dado cuenta que estás en otro tiempo. *Ya está tía, la tía Lili, ¿no?* Qué vergüenzas me haces pasar.

— Yo cargué al niño Ciro en mis brazos. Yo tenía trece años y me caía cuando lo cargaba. ¿Cómo lo voy a olvidar? En su casa conocí el arroz, los fideos y el atún. Eso lo olvida uno en la tumba.

— Sí, mamá Lili, tú me haces sentir mal, cuando te pones debajo de los demás y quieres ponerme debajo a mí también. (p. 183) [Las cursivas son del autor]

Es Reina quien le reclama y le hace ver el lugar que toma Lili, la de subordinada, y se lo hace saber. La ahijada, si bien ha nacido en el pueblo de Lili, ha sido criada en la capital y para ella no funcionan los códigos de Lili. Además, Reina va hacia el pueblo de la tía para casarse; es decir, completar un escalón más en su búsqueda de estatus.

Por esta razón, Lili tiene que hacer un esfuerzo grande para tomar un lugar. En ella viven conjuntamente la campesina y la mujer migrante progresista:

Le apena descubrir que hay sentimientos que florecen sin control en los recovecos de su memoria, comprobar que dentro de ella duermen la Bartola y la casa hacienda. ¿Y si se deshacía de ella? Podía intentarlo. ¿Pero con qué se quedaba? Las cosas eran así. Ciro Sotomayor continuará siendo para ella el Niño Ciro, aunque ese nombre convoque dolor y humillación. ¿Quién le iba a comprender? Alguien, pero no Reina. Le sorprende su decisión para hablar con soltura, para tutear a cualquier gente. (p. 184)

Ciro convoca “dolor” y “humillación” porque es la representación del poder de los gamonales frente a los campesinos. Bartola (Lili), sabe que frente a ellos solo puede tomar la posición de la servidumbre.

Se ha visto, entonces, que Lili vive desubicada dentro del sistema imperante. Por un lado, porque lleva consigo el estigma de vivir con dos aristas bien marcadas: la mujer que busca el progreso migrando del campo a la ciudad, que logra estudiar una carrera y la mujer que no puede dejar de añorar el pasado, la vida en la casa hacienda por más que ella haya sido parte de la servidumbre. Por otro lado, se ha visto que no puede lograr la transculturación, ni aspirar a una mejor posición social, porque se siente incompleta al no estar casada. Lo anterior se puede ilustrar con lo que señala De la Cadena “[las mujeres campesinas o

mestizas] están descalificadas para acceder a las fuentes de poder. Las posiciones de poder que ocupen dentro de la familia (extensa o nuclear) la adquieren a través de su contraparte masculina” (2004. p. 11). Entonces, se podría decir que la novela retrata cómo Lili “naturaliza” el patriarcado impuesto dentro del sistema en el que se encuentra adscrita.

En segundo lugar, me enfocaré en la figura de Jessica. Como pasaré a demostrar, esta representa a la mujer que migra del campo a la ciudad para forjarse un futuro mejor. Para lograr su objetivo, trata de estudiar una profesión, pero no lo consigue. Entonces, busca como salida encontrar una pareja. Esta tiene que haber culminado el proceso de transculturación que ella desea. Al tratar de buscar un esposo como medida de superación, ella también asume y naturaliza el sistema patriarcal. El matrimonio es una herramienta más de desindianización, pues le va a permitir crecer socialmente; es decir, ‘blanquearse’. Sin embargo, no lo consigue y termina yendo a trabajar al interior del país con la esperanza de buscar al hombre ideal que le permita su ascenso social.

Jessica, como la mayoría de los jóvenes, migra a la ciudad en busca de superación. Degregori, en su estudio “Buscando el mito del progreso” señala que

el campesinado indígena se lanza, entonces, con una nueva vitalidad insospechada a la conquista del futuro y del ‘progreso’. La escuela, el comercio y en algunos bolsones el trabajo asalariado, son los principales instrumentos para esa conquista a la cual la migración a la ciudad le abre nuevos horizontes. (1993, p. 64)

Mediante los estudios y el trabajo busca asegurar su futuro económico dentro de un sistema moderno. Este es el camino que Jessica recorre junto con la tarea, ineludible para ella, de buscar un esposo que calce a sus propósitos:

[Jessica frente a un matrimonio que cree no es conveniente para su hermana] Así que un mensajero de librería era capaz de pedir en matrimonio a una de sus hermanas. Y Maca, la hija de un empleado mestizo, era capaz de embarcarse en un matrimonio con

un campesino de Huancayo sin modales y sin noción de futuro. ¿Así eran las caídas?

(p. 74)

Jessica está convencida de que el matrimonio es un camino de ascenso social y que, entonces, tiene que casarse con alguien que tenga una posición social mejor que la de su familia.

Camino al interior del país, en medio del huayco, se encuentra con Ciro. Este va a representar el hombre 'ideal', pues es el hijo del antiguo principal de la hacienda Ingahuasi y, además, tiene estudios universitarios. Sin embargo, se da cuenta de que Ciro no cumple con sus requisitos:

Ha cambiado el mozo, pero no en el modo que ella hubiera esperado. Tiene en los ojos la marca de la derrota, sonríe sin energía, apenas sostiene la mirada. ¿Y esas prendas? Ay, de las más corrientes. ¿Ha pasado algo con Ciro? Tal vez no, y Ciro siempre ha sido así. Tal vez es ella que ha cambiado al conocer a otra clase de hombres. Era increíble lo que podían hacer las prendas por un hombre. Podía hacerlos parecer capaces de torcer el hierro con las manos; arrancar para sí y los suyos las casas más lujosas; tomar los automóviles con asientos de cuero blanco y los hoteles caros para los fines de semana. Los había conocido en la ciudad, y había contemplado la elegancia de sus mujeres. Aquel hombre es Ciro, el Ciro de sus sueños, pero no se ha convertido ni remotamente en uno de esos hombres. (p. 76)

Jessica está inmersa en el mundo de la mercancía. Un universo donde las relaciones se toman como un bien económico, como algo intercambiable. Su atracción por los hombres deja de ser idílico para convertirse en práctico. La mujer se empodera, entonces, en tanto tenga un hombre a su lado que le dé un valor agregado y esto pasa por el poder adquisitivo y el refinamiento. Por esta razón, Jessica no vislumbra el futuro que desea sola; es decir, piensa que no puede forjarse ese futuro, que tiene que estar acompañada, necesariamente, de un

hombre que le otorgue “estabilidad”. De la Cadena señala que “la subordinación de los ‘campesinos’ frente a los ‘ciudadinos’ (proletarios o intelectuales) también se produjo sin ser cuestionada: ninguna de ellas (las campesinas) objetó tampoco la subordinación de las mujeres frente a los hombres” (2004, p. 214). De la misma manera, la supremacía del pensamiento occidental y el patriarcado están reforzados en lo que piensa y hace Jessica.

Jessica no quiere quedarse a vivir en una comunidad campesina, menos casarse con un hombre que tenga las costumbres de los miembros de esas comunidades. Tiene un encuentro, en medio del campo, con la anciana Carmela (mujer que tiene estudios de Medicina, pero que elige casarse con un ex hacendado y vivir en el campo). Esta renuncia a un futuro con el que Jessica hubiera soñado; por esta razón, se reflejada en Carmela como en un espejo. Carmela es la mujer que Jessica no quiere ser:

[Cuando le pidieron la mano a Carmela] En los minutos de zozobra su imaginación le jugó una broma, se vio a sí misma convertida en la hacendada de La Ponderosa: o rodeada de hijos, pero cerca a su progenitor; sin carrera de Medicina, pero fiel a su rol de hija única. Su destino podía estar en estas quebradas inhóspitas; o en la salas y residencias de un hospital argentino. La decisión estaba en sus manos, en apariencia, pero uno de esos caminos conducía a un callejón sin salida... Volví a la sala, enfrenté a esos patanes de botas y sombrero de paja y acepté. (p. 91)

El futuro de Carmela es promisorio, pero lo deja de lado para aceptar el destino que se la ha presentado; un destino que, como se ha visto en la cita, solo presenta “un callejón sin salida”. Esto es imposible para Jessica, más aún cuando sabe el final de la historia de Carmela: “Las medicinas se acabaron, pero no los males. Aprendí a curar con hierbas, a pasar el cuyé y leer el destino de los enfermos en sus entrañas. Soy lo que dicen, una bruja. La bruja Carmela” (p. 95). La modernidad se contrapone al anacronismo. El tiempo de Carmela es el tiempo del pasado, un pasado que Jessica rechaza al irse a vivir a la ciudad. La anciana

Carmela representa la antítesis de los deseos de Jessica, porque ha rechazado, al decidir casarse con un hacendado empobrecido, el destino prometedor con el que sueña Jessica.

Ella, si bien acepta que una mujer necesita de un hombre para forjarse, no se reconoce como pareja de un hombre que no haya cumplido su proceso de transculturación y, con ello, el ascenso en las clasificaciones sociales. Necesita de alguien que esté inmerso en el proceso de modernización. Es decir, acepta la supremacía de una cultura sobre la otra:

— [Conversando con Ciro] Para ti es un juego, ya lo veo. ¿Ninguna consideración para el esposo que llega del campo, sin fuerzas y agotado?

Jessica enarca las cejas, abre los ojos.

— Mi esposo es gerente de un banco. No soy la mujer de un chacarero.

Ciro traga saliva, paladea las palabras.

— Despierta, Jessica. Y vuelve a la realidad.

Ella da un salto sobre los ladrillos del piso, se ata la cabellera, se inclina en el hueco de la ventana.

— Me iré de compras. Me compraré una blusa y dos pañuelos, uno blanco y otro lila.

— Tráeme algo.

— ¿Corbatas? ¿Una camisa?

— Abonos. — Ciro la contempla desafiante —. Y unas partes para el tractor.

— A otra esclava con ese pedido. (p .99)

Jessica no rechaza la “necesidad” de la compañía de un hombre para que se sienta realizada, lo que rechaza es que este hombre esté anclado en el pasado y que la quiera incluir en su forma de vida y, con ello, “esclavizarla”: una vida como campesinos. Se enfrentan, entonces, una sociedad totalmente tradicional ligada a la vida campesina con una ciudadina basada en el mito del progreso. Ella reafirma la idea de que hay que transculturarse y eso implica abandonar la vida del campo (su entorno es el de campesinos empobrecidos que se

ven obligados a migrar en búsqueda del progreso); es por eso, que su hombre ‘ideal’ es aquel que busca cumplir con el objetivo de la transculturización y que haya logrado escalar socialmente.

Finalmente, Jessica acepta también su dicotomía; es decir, o se reconoce como una mujer “moderna” o como una “anclada en el pasado”:

Ciertos rasgos suyos se habían modificado en la adolescencia: su risa se hizo breve y oportuna, sus palabras filudas y con significado, su mirada se entrenó en magnetizar a cierta gente y en repeler a otra. Creía estar galvanizándose en concordancia con los tiempos. Creía haberse convertido en una mujer moderna, pero he ahí que Ciro llegaba y ella volvía a ser la muchachita temblorosa y sin voluntad de su adolescencia. (p. 141)

Ella cree que ha venido preparándose para enfrentarse a los retos de la modernidad, pero no es suficiente. Su lucha es constante para llegar a ser lo que ha soñado: una mujer moderna, con un buen matrimonio, posicionada mejor que sus pares en la sociedad:

Le preocupan las batallas, los triunfos y las derrotas. Le preocupan una casa con jardines en un barrio tranquilo, los colegios para los hijos que son tan caros, las prendas de cuero y los perfumes. El futuro es claro, le ha costado alcanzar esa claridad y ahora que la tiene lucha porque no se le borre. (p. 190)

Para ella, el progreso tiene que ver directamente con el crecimiento económico. Su lucha es interna porque sabe que pertenece a una clase subordinada, que tiene pocas oportunidades de alcanzar lo que desea. Además, ha internalizado la necesidad de la compañía masculina para cumplir sus deseos: “Un hombre hace que las paredes de una casa parezcan más sólidas, los techos más seguros” (p. 75). Como mujer, como campesina, como migrante en la ciudad ocupa un lugar de sub-subalternidad dentro del sistema dominante. Por esta razón, la vemos al final de la novela regresando al interior del país, sola, en búsqueda de un trabajo que le de

cierta estabilidad, soñando todavía con la vida ideal que ha planificado. Una vida que, dadas sus condiciones, se vislumbra imposible.

En conclusión, sobre la base de del análisis se los personajes de Lili y Jessica, se ha visto que en la novela estas mujeres están ubicadas en un espacio de sub-subalternidad dentro de su entorno y el sistema dominante. Lili vive atrapada entre su añoranza por el pasado y el deseo de ascender socialmente. Jessica migra a la ciudad en busca de un futuro mejor, pero esto no es posible porque las condiciones en que vive no se lo permiten. Además, los dos personajes internalizan el sistema patriarcal y ven como necesaria la compañía masculina para su desarrollo personal. Lili trata de completar este vacío casando a su ahijada, pero se da cuenta de que es imposible porque ella no puede cumplir ese mandato. Jessica busca al hombre ideal, que es representado por el sujeto transculturado; sin embargo, nunca lo encuentra. La novela propone que dentro de las sociedades subalternas también existen formas de discriminación y subalternización y, en el marco de la novela, las mujeres son ubicadas en un estrato inferior dentro del sistema representado.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, he demostrado que las novelas retratan la situación de los personajes analizados como subalternos. Las novelas visibilizan que no pueden lograr el proceso de transculturación ni el ascenso social que se han propuesto, porque viven dentro de una estructura que ha institucionalizado la superioridad de la tradición occidental y letrada. Además, se mostró que son los mismos personajes quienes internalizan este tipo de hegemonía. Por esta razón, no pueden escapar de las taxonomías dominantes. También, he mostrado que *Dos más por Charly* y *Carretera al purgatorio* presentan una dura crítica a los rezagos del colonialismo. Los procesos que se representan reproducen la discriminación y traen como consecuencia que el destino de los personajes esté condenado al fracaso.

En el primer capítulo, se mostró cómo los personajes Charly y Delmiro, de la novela *Dos más por Charly*, son sujetos subalternos que conviven con la experiencia de ser subalternizados por su entorno que es también subalterno. Esto se produce porque el discurso hegemónico que institucionaliza la educación como vía de progreso se ha internalizado. Por un lado, Charly es impedido de realizar un proyecto personal fuera del mandato familiar: estudiar en una universidad de Lima. Él no quiere y no puede transculturarse y esto provoca la fatalidad de su destino. Por otro lado, Delmiro se resiste a ese mandato y, por esta razón, queda escindido y en un no lugar dentro de su comunidad. En consecuencia, sus proyectos personales quedan postergados.

En el segundo capítulo, se explicó que los personajes Ciro y Gamaniel Sotomayor, de la novela *Carretera al Purgatorio*, viven en un ambiente de subalternización y, por lo tanto, están descentrados. Esto se produce porque se ve, a lo largo de la novela, cómo se representa a la “cultura indígena” como premoderna y atrasada, en contraposición a la “cultura occidental” que se vislumbra como moderna y progresista. Ciro no logra su proceso de

transculturación, ni ascender socialmente, que es lo que se espera de él. Es visto, dentro de la ciudad, como un hombre sin ánimos de progreso y que vive añorando las costumbres de su pueblo. Es, también, rechazado por su comunidad de origen porque su familia representa el abuso del latifundismo que su pueblo rechaza. Entonces, no pude ser ni ciudadano ni campesino. Gamaniel, por otra parte, no cumple sus deseos de progreso. Esto se produce porque sus hijos no se educan e impiden el progreso de la familia y porque pierde su estatus de hacendado. Por esta razón, es excluido de su comunidad, ya no es más el hacendado del pueblo ni miembro de la nueva comunidad que se ha constituido: es inubicable. En consecuencia, se comprueba, en la novela, que los personajes están descentrados, que no tiene un lugar fijo dentro de los sistemas dominantes.

En el último capítulo, se mostró, desde el análisis de los personajes Lili y Jessica de la novela *Carretera al Purgatorio*, que las protagonistas están ubicadas en un espacio de subalternidad dentro de su entorno. Los dos personajes internalizan el sistema patriarcal y ven como necesaria la compañía masculina para su desarrollo personal. Por un lado, Lili trata de completar este vacío casando a su ahijada, pero se da cuenta de que es imposible porque no es ella quien contrae matrimonio. Por otro lado, Jessica quiere completar su proceso de transculturación con un “buen partido” (un sujeto que haya cumplido el proceso de transculturación), pero nunca lo encuentra. En consecuencia, en la novela existen formas de subalternización y discriminación. Dentro de la novela, las mujeres están ubicadas en un estrato inferior dentro de los sistemas representados.

Finalmente, este trabajo visibiliza cómo se está representando en la literatura contemporánea peruana, especialmente la que da cuenta de los cambios sociales que trae y trajo consigo la migración, la figura del mestizo y su papel dentro de nuestra sociedad. Se pregunta si nuestro sistema permite o aún limita el desarrollo del mestizo como una figura

fundamental dentro de nuestra nación. Quizá, con este tipo de análisis, como señala el autor de las novelas que hemos desentrañado en su libro *El mestizo de los Andes y su destino*:

El mestizo se reconocerá como tal, asumirá sus herencias nativas y europeas que le llegaron a través de España. Hará suyo los aparatos políticos en los que desde hace centurias vienen trabajando sus antepasados. Los parlamentos son suyos, suyas las municipalidades, y suya la filosofía de la materia y de la vida animada. Y es suyo todo arte en todas sus manifestaciones. Sabe labrar el pensamiento, y con ese pensamiento labra la realidad. Y al cabo de una generación o dos de diálogo con otros mestizos el sentido de la palabra mestizo se habrá perdido... Pero habrá trascendido la limitación y se llamará solo *peruano*, sin temor a menosprecio alguno, como otros se llaman hoy *francés, inglés o alemán*. (2018, p. 62) [Las cursivas son del autor]

Las novelas ponen en evidencia que el subalterno no es una identidad fija, es más bien una posición en una relación. Entonces, los personajes en algunas relaciones son subalternos y en otras no. Por esta razón, un análisis de la representación de la figura del subalterno dentro de la literatura peruana (y de todas las demás manifestaciones artísticas) nos puede ayudar a visibilizar cuáles son las grietas que todavía validan las diferencias sociales en nuestro país.

Referencias

- Beverley, J. (2001). "Subalternidad, modernidad, multiculturalismo". En: *Revista de Crítica Latinoamericana*. Año XXVII, Num 53, pp. 153-163.
- Beverley, J. (2003). "La persistencia del subalterno". En: *Revista Iberoamericana*. Vol LXIX, num. 203. Abril-Junio, pp. 335-342.
- Chatterjee, P. (1997). "El estado y los campesinos". En: *Debates Post Coloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. Silvia Ribera y Rossana Barragán, compiladoras. La Paz: Saphis, Aruwiwiri, pp. 158-194.
- Chatterjee, P. (2007). *La nación en tiempo heterogéneo*. Lima, IEP.
- Cornejo, A. (1996). "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrante en el Perú contemporáneo". En: *Revista Iberoamericana*. Vol LXII, Num 176, pp. 176-177.
- De la Cadena, M. (2004) *Indígenas mestizos: raza y cultura en el cusco*. Lima, IEP.
- Degregori, C. (1986). "Del mito del inkarri al mito del progreso: poblaciones andinas, cultura e identidad nacional". En: *Socialismo y participación* 36, pp. 62-66.
- Degregori, C. (1993). "Identidad étnica, movimientos sociales y participación política en el Perú". En: *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*. Alberto Andriánzén editor. Lima: IFEA, IEP, pp. 61-72.
- Fontenla M. (2008). *¿Qué es el patriarcado?* Diccionario de estudios de género y feminismos. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Guha, R. (1997). "Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la india" y "La prosa de la contra-insurgencia." En: *Debates Post Coloniales. Una introducción a los*

- estudios de la subalternidad*. Silvia Rivera y Rossana Barragán, compiladoras. La Paz: Sephis, Aruwiwiri, pp. 25-32.
- Ortiz, F. (1940). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Editores Montero.
- Prakash, G. (2001). “La imposibilidad de la historia subalterna.” En: *Estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura, subalternidad*. Ileana Rodríguez, editora. Ámsterdam: Rodopi, pp. 59-67.
- Spivak, G. (2011). *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires: Cuadernos de la Plata.
- Veena D. (1997) “La subalternidad como perspectiva”. En: *Debates Post Coloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. Silvia Ribera y Rossana Barragán, compiladoras. La Paz: Sephis, Aruwiwiri, pp. 248-278.
- Vich, V. (2005). “El subalterno ‘no narrado’: un apunte sobre la obra de José María Arguedas”. En: *Arguedas y el Perú de hoy*. Carmen Pinilla, editora. Lima: Sur, pp. 363-376.
- Zorrilla Z. (2002). *Dos más por Charly*. Lima: Editorial San Marcos.
- Zorrilla, Z. (2005). *Carretera al purgatorio*. Lima: Lluvia Editores, Editorial San Marcos.
- Zorrilla, Z. (2005). *La novela andina. Tres manifiestos*. Lima: Lluvia Editores.
- Zorrilla, Z. (2018). *El mestizo de los Andes y su destino. Breviario*. Lima: Lluvia Editores.

